

Iglesia y Sociedad Opulenta. Una crítica a Suenens desde América Latina.^{1 2}

El Sínodo extraordinario de obispos en Roma, convocado para el próximo octubre por Pablo VI, ya está a la vista de toda la Iglesia. Debemos agradecer tal acontecimiento a la repercusión de las declaraciones del Cardenal belga Suenens, formuladas a Informaciones Católicas Internacionales (mayo 1969). La polémica desencadenada en su torno, la amplia publicidad, los apoyos y contradicciones, revelan el conjunto de tensiones y corrientes que hoy recorren a la Iglesia Católica, esta vez centradas, según lo anunciara el propio Pablo VI, en “un tema principal que será tratado en esta ocasión: las conferencias episcopales”. En rigor, esto implica uno de mayor amplitud, o sea la relación entre el pontificado y los episcopados (Pedro y los Once) o, con expresión de Suenens, al vínculo entre el “centro” y la “periferia”. De la Iglesia universal y las iglesias particulares y su modo de inclusión recíproca. Como se ve, un asunto que toca la médula del sistema nervioso de la Iglesia, institución en el mundo.

Las declaraciones de Suenens nos parecen de extrema importancia, por diversas razones: estimulan el debate interno en la Iglesia y preparan y realzan el significado del Sínodo; son un modo de la fraternidad que exige realizarse críticamente, lo que es una excelente invitación; promueven la reflexión en voz alta, responsable, y nos hacen sentirnos vitalmente más miembros reales de la comunidad o institución cristiana; y tienen además un valor altamente sintomático de los aciertos y errores de ciertas corrientes en lo que se relaciona a su visión de la Iglesia y a su modo de considerarla concretamente. Pues todos debemos tener presente la justa observación de Schillebeeckx: “todo progreso teológico está acompañado de una nueva ocasión de error”³. Suponer que solo nuestros antecesores tienen el patrimonio del error no pasa de ser una tontería.

Como latinoamericanos no podemos estar ausentes de la opinión pública de la Iglesia, y por eso nos imponemos el deber de una abierta franqueza, que es nuestro modo de respetar al interlocutor y de atender su palabra. Las disenciones son un momento necesario, indispensable, de un auténtico diálogo. Lo positivo y lo negativo se convocan. Y esa virtud de la disensión es lo que, por otra parte, asume Suenens. Queremos seguir, con él, su propio ejemplo. Dialogar es exponerse al error y a la rectificación aún la más radical. Y aquí, nuestra única contribución, será la de proponer rectamente nuestro pensamiento, con el único norte de servir a la Iglesia de Cristo, en la que a todos nos va la vida.

Examinaremos ahora las líneas fundamentales de las ya célebres declaraciones de Suenens, más que por sí mismas, como ocasión o pretexto para intentar un esclarecimiento de los datos del problema a que se aboca la Iglesia, pues consideramos que solo un problema bien planteado conduce a soluciones legítimas. En el examen del problema se irán esbozando los elementos del camino a una respuesta, según nuestro leal saber y entender. Si las declaraciones de Suenens son un mero reportaje, podría pensarse que una exégesis minuciosa del mismo sería desproporcionada. Sin embargo, como revela su gran repercusión, posee un alto valor sintomático, y en consecuencia es índice significativo para discernir algunas dificultades fundamentales de la Iglesia actual. Más que Suenens, nos importa lo representativas que

¹ Víspera 12, 1969 (boletín especial).

² Nota: todas las citas del Cardenal Suenens corresponden al texto publicado en Informaciones Católicas Internacionales Nro. 336, 2 de mayo de 1969. Suplemento.

³ E. Schillebeeckx: “Revelación y Teología” (Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, p. 430).

resultan sus formulaciones, en tanto expresan aspiraciones muy profundas y vivientes de la Iglesia Católica de hoy. Desde ya advertimos que compartimos todas sus críticas de "hechos", pero lo que ahora nos importa es la "lógica de su respuesta". Pues de los mismos hechos criticados se pueden extraer soluciones diferentes.

I- Perspectivas.

1. El vicio metodológico.

El método es un camino al objeto, y según el método así veremos el objeto.

El método pone a la vista nuestro modo de percibir al objeto mismo. ¿Cómo aborda Suenens los problemas de organización de la Iglesia en estos finales del siglo XX?

Toda la reflexión de Suenens radica "dentro" de la Iglesia, haciendo abstracción de su "fuera" histórico. Él mismo lo dice: "ha versado exclusivamente sobre el diálogo interior de la Iglesia, no olvido... que la Iglesia es para el mundo, y que debe superar lo antes posible sus tensiones internas para asumir mejor su tarea con respecto a los hombres y a los inmensos problemas que se les plantea".

Y bien, esta perspectiva vicia todo el enfoque de Suenens. Como el hombre, la Iglesia es un ser-en-el-mundo, y tratándose de "reorganizarla" para el mundo, no podemos poner entre "paréntesis" al mundo. Esta "epojé" sobre los rasgos fundamentales de la realidad histórica actual, que no están "fuera" sino "dentro" de la misma Iglesia, nos encierra en un círculo "solipsista", del que no podremos salir agregándole, a modo de "puente", que luego de arreglar los líos de la casa estaremos en condiciones de salir a la calle, como si la calle no atravesara la intimidad de los líos de la casa. Romper la unidad dialéctica de la Iglesia en el mundo, y del mundo en la Iglesia, para quedarnos con la Iglesia a solas, y más aún en lo que tiene de institución histórica, es una abstracción no legítima. Suenens prolonga inconscientemente la mentalidad de "ghetto" que rechaza, reponiéndola en el mismo modo de plantear el problema. Primero arreglar el "ghetto", luego ir hacia el mundo. La calle y la casa, el mundo y la Iglesia se yuxtaponen. Si "el hogar es desde donde uno parte", el hogar tiene que estar construido, para facilitar la partida, con la presencia de la calle. Viene así esta pregunta: ¿En qué se diferencia aquí Suenens del más recalcitrante integrista? Siguiendo en la Iglesia a solas, los extremos enemigos se tocan, más de lo que ellos mismos creen.

No es posible la ingenuidad de suponer que "superadas" las tensiones internas, asumiremos mejor la tarea con los hombres, como si las tensiones su pudieran superar "antes". Las tensiones del hombre con el hombre de hoy constituyen parte esencial de las tensiones de la Iglesia. No es posible entender a las unas sin las otras. Debemos ser claros a dos puntas, en la unidad de la historia real. Esto es lo más previo a la "reorganización", a la acción práctica.

El método de aproximación de Suenens a los problemas de la Iglesia nos parece así injustificado e injustificable. Denota una visión ahistórica de las dificultades y sus respuestas, y ella está omnipresente en todas las particularidades de su exposición. Pero, adelantemos, esta ahistoricidad tiene también sus hondas raíces históricas, que lo trascienden y abarcan también a amplios sectores del "progresismo" católico, que son más la inversión del integrismo que la superación del integrismo. Y esta puesta "cabeza abajo" del integrismo, tiene también su

importancia y su valor histórico positivo, que nadie debe desconocer. Pero no alcanza. No basta que el péndulo haga el movimiento contrario, para salir del viejo reloj del "ghetto".

Y lo que es más grave, el mundo se cuela embozadamente en la intimidad del planteo intra-ecclesiástico de Suenens, inevitablemente. Solo que de modo no consciente, y por ende a-crítico. Estamos así ante una crítica poco crítica, ella también generalizada. Lo veremos enseguida más claramente.

2. La lucha de dos teologías.

¿Qué es lo principal del conflicto actual en la Iglesia? Suenens responde que "el problema fundamental que nos divide, conscientemente o no, es un problema de teología, una visión inicial diferente de la Iglesia, en particular en cuanto al aspecto de su necesaria unidad... ya Proudhon -quien para nadie es sospechoso de clericalismo- decía, en su tiempo, que en el fondo de todo problema político se descubre siempre un problema de teología. Con cuánta mayor razón, en el corazón de la política religiosa". Esto es indudable e incontrovertible. Toda política tiene un fondo teológico. Pero le faltaría completar, a su vez, que toda teología, de algún modo, implica una política. Somos animales religiosos y políticos. Teología y política se entrecruzan, se anudan sin coincidir, antagónicas pero compenetradas. Así es la Iglesia en la historia, así se realiza la historia de la salvación. Pero, congruente con su método inicial, Suenens no percibe la dialéctica recíproca e indestructible de teología y política. Y queda con una teología sin historia: so pretexto de ver el nudo teológico de la política, no recorre también el camino inverso. Caemos entonces en una teología celeste que toma "figura" eclesial, y no una teología de la encarnación, radicalmente humano-divina. ¿Y no se muestran aquí lazos sorprendentes con la vieja "teología romana"?

Pero entremos directamente en la formulación de la oposición. Es entre dos teologías. Por un lado, una tendencia teológica que prevalece en el "centro" (Roma) fuertemente señalada por una visión formalista, jurídica, estática, burocratizadora y esencialista por naturaleza, que parte del centro hacia la "periferia", con leyes universalmente válidas, dando prioridad a la Iglesia Universal sobre las particulares, a las que ve como partes de un todo. Por otro lado, otra tendencia teológica opuesta que va de la periferia al centro, y donde "se percibe a la Iglesia, en primer lugar, como una realidad evangélica, en su profundo misterio espiritual y sacramental". Para esta tendencia "todo diálogo en y sobre la Iglesia está destinado al fracaso si la Iglesia no es, de antemano, a nuestros ojos, un pueblo de hermanos en comunión de vida diaria trinitaria, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo".

"Nos sentimos tentados de primera intención a considerar a la Iglesia como una sociedad universal, compuesta de individuos yuxtapuestos, como un agrupamiento de células relacionadas con la cabeza. No; es un cuerpo compuesto de órganos diversamente constituidos; es una comunión de Iglesias que, en conjunto forman la "Católica". Las Iglesias locales llevan, actualizan y revelan en ellas mismas el misterio de la única Iglesia de Cristo; son su encarnación concreta, histórica, espacial". La oposición entre esas dos visiones de la Iglesia está planteada claramente. "Estas dos ópticas imponen dos nociones diferentes de la unidad y reacciones opuestas", y a tal punto son radicalmente incompatibles que "en realidad hay una concepción verdadera y cristiana de la unidad que incluye a la diversidad legítima, y una concepción inexacta de esta unidad que impide o excluye la diversidad legítima". Así son de rotundas las cosas,

parece. La primera tendencia, inexacta, sería la "teología romana", la segunda tendencia, post-conciliar, aunque no abarca a todo el "post-concilio", podríamos llamarla provisoriamente "comunitaria liberal". La primera es "vertical", domina el centro; la segunda es "horizontal", resulta de la comunión de la "periferia". Y el anatema que cae sobre la primera, poco tendría que envidiar a otro de Ottaviani.

Debemos afirmar, ante todo, que por más advertencia que haya sobre la posible simplificación en la versión de la oposición, ésta se nos asemeja más a una caricatura que a la realidad. Si caricaturizo a quien quiero criticar, es de evidencia que me obsequio de antemano la batalla. En efecto, no es tolerable admitir que la teología de la Iglesia durante los últimos siglos (¡vaya uno a saber cuántos!) no percibiera ante todo la realidad evangélica en su sentido profundo de misterio espiritual y sacramental, por más que muchas de sus modalidades y formulaciones e incluso mentalidad, nos parezcan hoy insuficientes o extrañas. De lo contrario, rompemos objetivamente la continuidad de la Iglesia, incurrimos en la ruptura de una antinomia y nos cerramos todo camino de diálogo, no solo con un sector de nuestros hermanos contemporáneos, sino con siglos de vida de la misma Iglesia. No es ser ante todo una "familia", sino la quiebra de una familia. Esto no me asusta, confieso, porque tampoco tengo ninguna visión idílica de lo que es una familia real, aunque sí la de su verdadera continuidad, irrompible.

En efecto, esa "teología romana" no cae como un aerolito en la Iglesia, no es una ocurrencia, sino que resulta de todo un proceso histórico muy concreto y respondió a situaciones e interlocutores históricos bien específicos, distintos de los nuestros. Si Suenens quiere, y nos parece bien, una "perspectiva evangélica e histórica a la vez", debe tenerla primero con la teología que impugna, y luego con la suya propia. No podemos omitir estas tareas, pues de lo contrario nos precipitamos en disyuntivas mecánicas y endurecidas. Por más que a una se muestre como roca y a la otra como espíritu.

Es indudable que la Iglesia Católica, en los últimos siglos, rebasada en Europa por la configuración de las "nacionalidades", por un enorme y múltiple movimiento intelectual en ruptura con la Iglesia, fuera por lo que fuere, con buenas y malas razones, generó una actitud defensiva, soportando un ataque generalizado a casi todos los niveles, con una intensidad que nos es hoy desconocida, y le hizo cerrar filas sobre el centro romano, y de allí la inclinación a "considerar a las Iglesias locales como departamentos administrativos; a los obispos como simples delegados y ejecutores del poder central; y la descentralización de los poderes como un poderoso preludio a cualquier cisma latente". Si tuvo mentalidad y comportamiento de "fortaleza asediada", es que era realmente una fortaleza asediada. Y eso lleva a cualquier sociedad a gobiernos fuertes y centrales, con toda la negatividad que pueden a su vez engendrar. No lo olvidemos, para bien juzgar. Más aún, si eso ocurría en Europa, en América Latina debemos agregar todavía más. En el primer tercio del siglo XIX, el ciclo de la independencia y balcanización latinoamericanas, la anarquía civil dejó totalmente desmanteladas e inermes a las iglesias locales (que por otra parte, debido al Patronato Regio jamás habían tenido en los siglos anteriores contacto directo con Roma), sin tradiciones ni recursos en su intimidad como para rehacerse con vitalidad por sus propios medios. Y, del modo que fuere, el hecho es que el "centro" romano desde la mitad del siglo XIX tomó a su cargo la reorganización de las iglesias locales latinoamericanas, las salvó de la decadencia inexorable y de la postración. Y todavía hay ejemplos recientes: es iniciativa del centro romano la creación de la conferencia episcopal

latinoamericana, el CELAM (donde están Cuba y Puerto Rico). Esto, digámoslo claramente, no hubiera surgido por empuje vital de las iglesias locales latinoamericanas, cada una de ellas sumergida espontáneamente en su propio país. Porque en América Latina, o vivimos por cuerda separada o se nos hace "panamericanos".

Claro está, esta tutela del "centro" sobre las Iglesias locales latinoamericanas, salvadora, tuvo aspectos profundamente negativos, que son los que hoy suscitan entre nosotros esa indiscriminada reacción anti-romana (o un romanismo cerril, del pasado). Es como si pasáramos a una adolescencia histórica, al fin, que nos empuja al "asesinato del padre". Tiene esto su aspecto saludable, que denota un crecimiento interno, pero de ahí a una negatividad abstracta y mecánica hay mucho que andar, y nos es indispensable no dejarnos llevar por una "psicología de la adolescencia" justamente cuando tanto hablamos ahora del "cristiano adulto". ¿Será acaso que a éste no le gusta ser esencialmente histórico? Bien es sabido que el adolescente se solaza en el presunto cretinismo de sus padres, y no lo puede soportar. Y aquí hay razones y sinrazones. Además, sus propios errores solo se le manifestarán en su futuro, que no es aún. Lo que le da una cierta idea de impunidad.

Suenens no muestra las razones históricas de la "teología romana" (ella tan resistente a la historia, y no por casualidad) y su oposición es puramente ideal. Son dos tesis frente a frente. Tienen algo de la vieja escolaridad. Es una lucha formulada como de dos ideas platónicas de la Iglesia, que se reflejan en la "materia" del mundo. Pero la materia del mundo es subsidiaria, o no cuenta para nada. ¡Ay, del integrismo puesto "cabeza abajo", pero sin los pies en la tierra! Y es así que, con la distinción verbal de hablar "de la Iglesia de Dios" que está indistintamente en tal o cual lugar, y no de "las iglesias", se cree excluir de antemano toda idea de partición o mosaico, destruyendo la naturaleza misma de "iglesia nacional". En un cierto plano, es cierto, pero como las naciones todavía existen, y hay naciones dominadas y dominantes, y la Iglesia está dentro de ellas, la distinción verbal no termina, sino que comienza el planteo del problema. Cuando comienza el problema, Suenens lo cree resuelto.

3- Eclesiología oriental y línea de crecimiento de la historia.

Para reafirmar su perspectiva teológica, Suenens completa: "Tal es también la óptica de la eclesiología oriental, la línea de crecimiento de la historia, la única teología que permite un verdadero diálogo ecuménico. Tal es, a mi parecer, la única visión verdadera". Caben aquí nuevas precisiones: ¿cree Suenens que la eclesiología oriental no tiene nada que ver con la parálisis histórica concreta de las Iglesias ortodoxas? Es una interrogación realista, que vale la pena. ¿Cómo han hecho frente las iglesias orientales a sus retos históricos? ¿cómo se comportaron ante el Basileus, el Zar, la revolución socialista, la ciencia moderna, etc., etc.? El asunto es muy importante. Pues se nos muestra el ejemplo de la teología oriental, tan poco jurídica y tan espiritual; de las iglesias autocéfalas ortodoxas, tan conciliares, es decir, ejemplo de "horizontalidad" en la comunión de las iglesias locales, sin la perniciosa "verticalidad" romana. ¿Están exentas de nuestros lastres históricos? ¿supieron entender mejor las cuestiones de su tiempo? ¿y han sabido ser más libres ante el Estado? La ejemplificación de Suenens, congruente con su teoría, requiere que se nos enuncie la visión de la conducta histórica de las Iglesias orientales. Si hacemos historia, seguramente nos encontraremos que la Iglesia juricista, estática y esencialista, ha tenido una dinámica supersónica en comparación al

movimiento de las Iglesias Orientales. ¿Pura casualidad? Quizá, pero es necesario fundar afirmación tan aparentemente gratuita, y más cuando se cree que ella está en "la línea del crecimiento de la Historia". ¿Cuál es esa "línea de crecimiento de la historia" que tantos ignoran? Desde un punto de vista cristiano, no vacilamos en sostener que esa pretensión prospectiva desborda y parece temeraria. Pues hay mucho que saltar entre nuestras anticipaciones de futuro, más o menos probables, hipotéticas, y el saber de la "línea del crecimiento de la historia". Sólo ese saber, sin duda, puede dar la seguridad de la "visión verdadera".

Si la encarnación histórica concreta de la teología de Suenens, hoy todavía proyecto, reconoce sin embargo en la teología oriental a su precursora, podemos hacer hincapié en la historia y juzgar no de modo abstracto las tendencias "romana" y "oriental". El árbol se conoce por sus frutos, por lo menos en cierta medida. Nos encontraremos entonces con agrídulces diferentes y no con luz y sombra tajantes. Que debemos aprender mucho de la teología oriental, lo juzgamos indudable y fecundo. Pero no olvidemos tampoco de preguntarnos por la historia cuando de organizaciones se trata. Sus vicisitudes y su saldo, que quedan a consideración de los lectores, no son indiferentes a esta cuestión que hoy nos importa a todos.

En cuanto a que la concepción de la Iglesia de Suenens sea "la única teología que permite el verdadero diálogo ecuménico", es cosa que trataremos más adelante, con más elementos de juicio.

Y bien, hasta aquí hemos hecho un primer esfuerzo para depurar el planteo. Hemos realizado como una inicial "desmitificación" del modo de formulación de Suenens, pero no con el fin de eliminar el problema, sino para verlo más límpidamente. Pues Suenens aborda un problema real y por ende legítimo. Si llamamos a la comunión de iglesias locales entre sí y a sus respectivas autonomías, "horizontalidad", y a sus relaciones con el centro de la Iglesia Universal, "verticalidad", no hay duda que es urgente y necesario modificar las antiguas relaciones, aún hoy subsistentes, en las que la "verticalidad" absorbía la "horizontalidad". Suenens es una reivindicación de las "horizontalidades" reprimidas por la verticalidad del centro. Y expresa así una exigencia de la Iglesia Universal, en este momento de la historia. Y de ahí también la honda repercusión del reportaje de Suenens, donde tantos han visto la manifestación de lo que sentían auténticamente. Pero no hay que mitificar apresuradamente, en desmedro de la razón, pues enturbiamos lo que se debe clarificar.

¿Cómo son hoy realmente el "centro" y la "periferia"? Veamos cómo Suenens comienza a concretar, a este nivel, sus enfoques. Y cuál es su lógica interna.

4. El centro y la periferia.

Si formulamos el problema de modo ideal, el de las relaciones recíprocas entre la Santa Sede y los episcopados locales (nacionales o regionales), es la cuestión de la unidad de la diversidad y de la diversidad de la unidad. En los enunciados generales se trata de no homogeneizarse en la unidad ni de descomponerse en la diversidad. Lo uno y lo otro juntos. Hasta aquí cualquiera se pone de acuerdo con cualquiera. A tal nivel de generalidad podemos decir que hay unanimidad. El asunto es cuando descendemos a los modos de realizar organizativamente esa unidad de la diversidad, en coyunturas históricas específicas. Manteniéndose siempre dentro de su planteo puramente intraeclesial, es decir, prescindiendo de la especificidad histórica de nuestro tiempo

y la índole de sus conflictos, Suenens se aboca a una crítica del “centro” y propone las modificaciones que cree pertinentes.

Con tal propósito, le basta tomar a la Curia (o a la Santa Sede) en sí misma por una parte, y de otra, a las iglesias particulares, tomadas a bulto. De esta contraposición, es obvio el resultado a favor de unas en contra de la otra, cuya descripción, aunque verdadera, es parcial en tanto que exclusivamente negativa. Se nos hace una teratología o patología de la Curia, muy certera, pero como no acierta a entender las razones del movimiento histórico de la Curia ni, lo que es más grave, su funcionalidad, queda un grotesco de vida incomprensible. Señalar sólo las “disfuncionalidades”, no es modo de entender la funcionalidad. Por eso compartimos la observación de nuestro compañero Héctor Borrat (que analiza las declaraciones de Suenens en su artículo “Angeles Urgidos”, publicado en “Marcha”, Montevideo, 15 de agosto), que señala: “Siguiendo una tendencia extendida entre los más frecuentes impugnadores de Roma, el cardenal descarga todas las objeciones sobre el centro –escenario, trama y elenco perfectamente reconocibles- mientras embellece de contragolpe, indiferenciadamente, a las iglesias locales, vaciándolas de su geografía y su historia. Enfrenta así al Vaticano visible con una constelación de iglesias locales sin localización propia, a lo real con lo ideal. A no extrañarse entonces que las objeciones corran en una única dirección, mientras que la otra conduce a una pareja alabanza de las iglesias locales por la sola circunstancia, parecería, de que no radican dentro de las fronteras de la Ciudad del Vaticano, sino en una suerte de periferia “salvífica””. Suenens nos plantea así una especie de conflicto entre Ariel y Calibán, donde él, por supuesto, está con Ariel. Pero nosotros no creemos que ese sea el modo de plantear el conflicto y sus modos de resolución.

Como tenemos cierta simpatía por Calibán, nos permitiremos algunas anotaciones “terre á terre”. Al concretizar a la Curia, no se realiza simultáneamente la misma operación concretizadora con la “periferia”, con las iglesias locales. Lo que es una incoherencia metódica. Aun manteniéndonos en términos absolutamente “intraeclesiales”. Solo así podemos exponer adecuadamente los datos del “centro”. Pues las características del centro son ininteligibles, a su vez, sin la historia eclesial de la “periferia”. De tal modo, un centro sin su funcionalidad, termina siendo centro de nadie, erigido en “sustancia separada” o “cosa en sí”. Así, fatalmente, cualquier centro se convierte en disparate, más allá de todos los reproches reales que merece.

Puntualicemos esta crítica: no es posible ignorar la disparidad real de las iglesias locales, tomándolas en una abstracción homogénea. No es una disparidad al mismo nivel. Una mera indicación cronológica pone a la luz la entidad de esta omisión: ¿cómo y cuándo se han constituido las iglesias locales de la Iglesia Católica? Es fácil ver aquí un chirriante “desarrollo desigual”, ante el que no podemos cegarnos. Un dato grosero basta. La Iglesia Católica hasta entrado el siglo XX ha sido esencialmente “europea”, por el mero hecho de su localización principal. Si ella (y no solo la Curia) tenía perspectivas europeocéntricas esto no es extraño sino normal, pues su realidad práctica decisiva era europea. A más de un milenio de los “episcopados europeos” ¿qué se contrapone? Pues no más de veinte años de un episcopado africano incipiente. Y con los otros, ¿la situación es demasiado distinta? ¿Cómo y cuándo nacen las iglesias locales latinoamericanas, norteamericanas, asiáticas? ¿por qué? ¿tienen todas el mismo arraigo y tradición? ¿todas están en un presunto “óptimo”, aunque diferente, de vida eclesial?

¿todas generan teólogos equivalentes en su diferencia? La ecumenicidad práctica, planetaria, de la Iglesia está recién en sus primeros días. Parece no tomarse en cuenta toda esta diversidad de las localizaciones. El hecho de la marca “europea” (y por ende curialista) de las iglesias locales es algo que cae de su propio peso. ¿Cuál si no? Nosotros todavía la padecemos, tanto en sus versiones integristas como post-conciliares. La misión es una dinámica humana, con sus lastres y virtudes, no angélica y ubícua, sin dependencias. Y, esto es lo importante, ¿es posible ignorar estos hechos cuando consideramos la “reorganización” actual de la Iglesia? ¿es posible prescindir de sus antecedentes reales? ¿ellos son ajenos a nuestra realidad?

A lo que se debe agregar, ¿puede creerse que si la Curia ha tenido un sello italiano y europeo, y ha tenido tales o cuales conductas, tales rigorismos “talmúdicos”, etc., eso es invento de la Curia, una generatio aequivoca sin participación concreta de las historias reales y mentalidades de las iglesias locales europeas? ¿No fueron “patologías” compartidas? La Curia que debemos reformar ha sido un resultado de las iglesias locales europeas y éstas no son inocentes, cuando se encausa por “culpabilidad”. Hay que limpiar a la Curia de inercias anacrónicas –tantos siglos vividos no pasan en vano- modernizarla, internacionalizarla. Pero no se trata ahora de crearnos cómodos y míticos “chivos emisarios” al margen de nuestra historia. Así enervamos malamente este necesario período de transición.

La facilidad no es servicio para nadie. A no transferir todo contra el “centro”, pues hasta el exceso de centralidad tuvo razones “periféricas”.

II- Interludio / elementos generales.

5. Sociedad vertical y sociedad horizontal.

Centro y periferia nos parecen todavía ideas demasiado flotantes, y hay que esclarecerlas mejor. Aquí haremos una digresión, necesaria. Para esa dilucidación, vamos a recurrir a las nociones parientes de comunicación horizontal y vertical. Periferia, de suyo, encierra una cargazón demasiado despectiva. Buscamos poner el planteo con limpidez. Pido disculpas por las elementalidades que siguen, pero son un escalón necesario en la reflexión, en materia tan grave. No convienen demasiado los saltos y los sobreentendidos.

Ahora se trata, en general, de preguntarnos qué puede significar la “verticalidad” en una sociedad internacional, en términos políticos.

Cuando una sociedad ecuménica de hecho se ramifica en múltiples sociedades locales, que hoy podemos llamar “nacionales” ¿cómo se anuda esa sociedad ecuménica con sus diversas localizaciones? O si se prefiere al revés, al modo de Suenens, ¿cómo se realiza la catolicidad de la sociedad a través y a partir de las “locales”? ¿Cómo esa comunicación o comunión de localidades?

En cualquiera de los dos casos –universalizar las particularidades o particularizar al universal- se requieren “intermediarios”, “mediaciones” entre las particularidades. Ninguna sociedad local comunica inmediatamente con otra, sino a través de mediaciones, que es el camino del inmediato. No hay relaciones inmediatas de todos con todos. De haberlas no se plantearía problema; sobrarían las mediaciones si todos están en todos. Entonces, para que una sociedad comunique con otra, necesita fatalmente mediaciones. Y estas mediaciones se deben a su vez

localizar, pues de lo contrario recaeríamos en el “ningún lugar”, en la utopía del inmediatismo. Se hacen así necesarias sociedades locales especializadas, particularizadas, para que sirvan de mediación entre las sociedades locales primarias, nacionales.

Aparece así la comunicación horizontal. O sea la que hay cuando cada sociedad local comunica respectivamente con todas las sociedades locales y viceversa, todas con ella. Es lo que hacen los países o estados: generan diplomáticos mediadores, órganos especializados en su seno, que los relacionan con otros países. Y reciben a los de todos los países. Cada sociedad genera en su seno entonces un “cuerpo diplomático universal”. Se hace difícil concebir una realización práctica equivalente en todas las iglesias locales, aunque ello está en la lógica de la “horizontalidad”. Quizá pudieran hacerlo algunas iglesias locales ricas, de países ricos. Sería además una “interiorización” local de los órganos especializados, con su respectiva burocratización. Llevada a su puridad, una horizontalidad total sería la máxima burocratización eclesial, aunque diseminada. Habría tantas “curias universales” como iglesias locales. Y llevada a su límite ideal, esta puridad horizontal conduciría ya no a cada iglesia local, sino a cada cristiano, a comunicarse con todos. Es prácticamente imposible, reventaríamos de “catolicidad”. Pero, poniéndonos ahora realistas, es indudable la conveniencia de organizar las comunicaciones “horizontales” entre las iglesias locales. El mundo de hoy, por sus medios de comunicación, lo posibilita, de un modo que ayer no era posible. A no extrañarse entonces que “ayer” esa horizontalidad fuera escasa y a veces nula. Suenens insiste en la horizontalidad, lo que es una necesidad imperiosa, pues el vacío al respecto nos es patente a todas las iglesias locales. Excelente. Pero cuidado con una versión sublime, utópica.

Aun a nivel de los estados, donde la horizontalidad de las comunicaciones está más atendida y es más permanente (con sus respectivas burocracias), esa horizontalidad no les basta para formar “un” cuerpo internacional más o menos coherente. Pues la necesaria imperfección de la “horizontalidad”, por más intensa que sea, tiende a la disgregación y no convierte a la suma de particularidades en una sola totalización. Es así que aparecen los organismos de suyo internacionales, cada vez más necesarios ante la unificación y totalización real de la historia mundial. Tenemos allí a la UN y a otros innumerables órganos especializados, localizados, mediadores en diversos aspectos y niveles de la realidad humana. Aquí se manifiesta la necesaria “verticalidad”. Es un modo de “centrar” a la horizontalidad, de comunicarla y totalizarla. De tal modo, estas sociedades locales mediadoras, centralizadas, tienen una relación de verticalidad con el conjunto de las sociedades horizontales. Así, la centralidad, que es conjugación de horizontales, tiene una originalidad a su vez particular, propia, emergente, no reductible a la horizontalidad, y eso es la verticalidad. Se desprende con evidencia que, también entre las “iglesias locales”, para que haya mediaciones, son indispensables otras “sociedades locales” para realizar con universalidad, esa finalidad. Para comunicar entre sí, las iglesias horizontales necesitan generar órganos verticales, centrales, mediadores, solidarios, que las relacione a todas como conjunto y a cada una. El CELAM, por ejemplo, es una versión regional.

Por tanto, a la comunión práctica de las iglesias locales le es indispensable la centralidad, con su propiedad inherente de verticalidad. Claro, hay diversos modos y grados de “centralización vertical”, de “sociedad englobante”. Y es justamente en los modos de esa centralización vertical, donde comienza nuestro problema. El de la relación de episcopados locales, episcopados regionales, episcopados mundiales (Sínodo o Concilio Universal) y el Papa.

Hay siempre una última instancia en la totalización, solidaridad, de la horizontalidad. Los ejemplos son múltiples, y de significaciones diversas. Si los partidos comunistas forman una internacional, pues tendrán un órgano máximo, distinto de todos en particular, aunque relacionado directamente con todos, que será la Internacional. Pero aproximémonos más a la cuestión específica de la Iglesia.

Las diversas confesiones protestantes, de vuelta de la atomización, de su incomunicación de horizontalidad, buscan la mediación localizada especial de un Consejo Ecuménico. Este es una unidad vertical extremadamente laxa, en tanto que de iglesias y no de iglesia. Priman de jure las "locales", o sea en el caso las "confesiones", y por ende la pura representatividad horizontal, y por eso la "localización derivada" no gobernará sino que aconsejará. Es un caso de centralización derivada, dependiente de la horizontalidad, de la periferia. La "soberanía" (bajo múltiples formas) radica en las localizaciones de la horizontalidad y no en la centralización. Esta está subordinada a las "confesiones originarias". No forman en rigor un "Cuerpo", sino una yuxtaposición con diversos grados de compenetración. Los "cuerpos" dominan al Cuerpo central. Ellos son la última instancia. La solidaridad depende de los solos, no los incluye.

Pero este no es el caso de la Iglesia Católica, una y universal. Un solo Cuerpo práctico, que unifica muchas "prácticas". La unidad del cuerpo implica la unidad de Gobierno. El consejo, como última instancia, denota dominio del plural. Esto no significa que el gobierno no actúe más o menos habitualmente por medio del consejo, pero le es inherente la legislación y la ejecución unitiva, así como la continuidad. Aquí también se pueden presentar diversos grados y matices.

¿Cómo se gobierna a la Iglesia? ¿Cómo se representa a la Iglesia? Ante todo, por el Papa y el Colegio Episcopal. La máxima "centralidad" es la reunión del Papa con el Concilio Ecuménico. Pero los concilios ecuménicos no pueden ser permanentes. ¿Se disgrega la unidad práctica del Cuerpo? De ninguna manera: la comunicación de un Cuerpo exige su habitualidad, su regularidad, un magisterio ordinario "no infalible", una "política" eclesial ininterrumpida, mundial a la vez que de múltiples localizaciones nacionales. Es la compleja vida cotidiana de un Cuerpo Ecuménico. De ahí que la "regularidad central" quede naturalmente en manos del Sumo Pontífice y los obispos, de Pedro y las iglesias locales.

Ahora se desea dar un paso, no contradictorio, sino complementario, y es el de dar mayor representatividad en la "centralidad" a los episcopados nacionales, directamente. Es un paso excelente. Y de allí el Sínodo. Ahora el Papa convoca al Sínodo extraordinario de obispos, para organizar mejor la representatividad en el centro habitual. Pero el Sínodo, por su propia naturaleza, será o esporádico o permanente. Si es esporádico, no puede entonces controlar verdaderamente a la Curia Romana, que es órgano católico permanente. Y si el Sínodo se concibiera como un órgano permanente, pues fatalmente se... "curializaría". Pues tendería a especializarse en lo general, de modo localizado, y perdería la inmediatez del obispo en su Iglesia nacional. Los nacionales, para ser nacionales, solo pueden salir esporádicamente de su nación. En la medida que pierdan su localización habitual primaria, pasan al "afuera" de nivel "curial" les guste o no. Y esto no es un asunto de status jurídico, sino de la realidad existencial de las instituciones. La función crea al órgano y le imprime su sello.

6. Las contrariedades de la centralidad.

¿Cuáles son los rasgos más notorios de un organismo mediador entre diversas localizaciones concretas? No puede ser igual que ellas, puesto que caeríamos en la pura horizontalidad, que para funcionar requiere la verticalidad. Una iglesia local más no puede ser el lugar de mediación de las iglesias locales, a su mismo nivel. Sería la tautología de la diferencia, sin la “identificación” como función. La repetición de la diferencia no es la unidad de la diferencia. Entonces, la iglesia local mediadora, no puede ser igual a cualquier otra iglesia local, ya que tiene una especialización universalista, solidarista. Como es, intrínsecamente, el caso del Primado de Pedro. Y esto, ¿qué consecuencias visibles tiene?

Si las iglesias son nacionales, el órgano mediador, para ser tal, tendrá que tener una cierta “desnacionalización”, que se convierte en necesaria para comunicar a las “nacionalidades”. Podría llamarse a esto “cosmopolitismo”. En un grado u otro, es inevitable, necesario y útil, aunque tiene sus vicios específicos. Aproximémonos al asunto a través de un ejemplo que pone Suenens. Este se queja de la cantidad de italianos que hay en la Curia. De eso nos quejamos todos, y eso ha comenzado a modificarse. Es un hecho resultado de circunstancias históricas que tocan a su fin. Pero ¿qué significó esa italianización? Nada más conveniente para nosotros que mirarla del otro lado, o sea desde un punto de vista itálico. El marxista italiano Gramsci sostiene que la tradición intelectual italiana ha sido “cosmopolita” por la influencia decisiva de la Iglesia, del Vaticano, y que por ello ha ejercido una influencia negativa, disgregadora. Afirma que el Vaticano, por el contenido mismo de su misión universalista, es llevado a formar cuadros supranacionales de mentalidad cosmopolita, y que desde el ángulo italiano ha sido una dificultad. Es evidente. La localización central del órgano mediador de toda la Iglesia Católica, en Italia, ha tenido penosas consecuencias para Italia, desde un ángulo exclusivamente nacional. Roma no era solo italiana, sino que tenía una funcionalidad “supra-italiana”, católica, y eso le hacía pensar y actuar en términos no italianos. ¿Quién puede durar del obstáculo de Roma a la unidad nacional italiana? Pero esto es muy lógico. Reflejaba el temor del centro de la Iglesia a quedar sumergido dentro de un solo estado fuerte, de ser instrumentado por éste, y defendía mal que bien su libertad. Italia ha pagado un costo por tener dentro suyo una “localización universalista”, que no quería supeditársele, es decir servir a una sola particularidad. Pero entonces decir que hay muchos italianos en la Curia no es lo mismo que decir que hay muchos “nacionales” de cualquier otro país. Aunque ese cosmopolitismo desde un punto de vista italiano sea un italianismo desde el punto de vista de otras iglesias locales. Las dos cosas son ciertas simultáneamente, pues aun el cosmopolitismo nunca es puro, sino que arrastra consigo un cierto grado de “localización”. Matizar otra vez, no viene mal. Librémonos de nuestras excesivas “localizaciones” particulares para comprender la catolicidad práctica. La internacionalización de la Curia, afortunadamente, generará un cosmopolitismo más completo, más adecuado a la diversidad de la función universal.

Un órgano mediador central “solidarizador” genera cosmopolitismo. Y esto se objetiva visiblemente en un lenguaje tendencialmente abstracto, seco, sin metáforas, pobre. Así es el lenguaje mediador de las burocracias, en mayor o menor grado. Es en las sociedades primigenias donde hay literatura, existencial, jugosa, concreta, vital. Una analogía puede ser útil: las sociedades o iglesias locales son a la “localización mediadora vertical”, lo que la imaginación al concepto. Las iglesias nacionales están más en el orden inmediato de lo concreto, en tanto que las “localizaciones mediadoras” estereotipan. Pero el concepto es la mediación de las imaginaciones particulares. Se alimenta de ellas, pero las regula para evitar que sean “loca de la

casa”, y se liberen cismáticas en sus particularidades. El concepto es la mediación de las imaginaciones, el centro de las horizontales, y si en un sentido las empobrece, en otro las potencia, las comunica. Así, un órgano mediador tiene que usar el lenguaje de todos los lugares y de ningún lugar, pues si tuviera una equivalente peculiaridad de lugar, no podría mediar adecuadamente entre las diversas sociedades locales. Lo concreto y existencial de la sociedad mediadora es su capacidad de ser abstracta. Tiene tendencia al universal abstracto, único capaz de unificar las imaginaciones nacionales. Por eso su propensión es también jurídica, en tanto que la ley es un modo del universal que “identifica” a los particulares.

Todos estos rasgos, reconocibles en la Curia, no son de su exclusivo patrimonio ni arbitrarios; corresponden a la naturaleza misma de su función. Bajo otras modalidades específicas, estos rasgos están en todos los organismos internacionales permanentes. Véanse los informes de la CEPAL, la FAO, de la Internacional Comunista, etc., etc. Todos molestan por su “impersonalidad”, su ser un poco de nadie, su lenguaje esquematizado, su falta de originalidad. Y es que todos tienen entre sí (incluso con la Curia) esa afinidad que radica en la función universalista de su comportamiento y su ser. ¿Es que puede ser de otro modo? ¿Es que de otro modo cumplirían su función mediadora práctica?

¿Y cómo se realiza la “co-operación” entre la verticalidad central y las sociedades primarias locales? ¿Bajo qué características generales? Si el centro de suyo es cosmopolita, será impregnando de “cosmopolitismo” a las sociedades locales horizontales. Y éstas, a su vez, son las que alimentan, “informan” de realidad concreta al cosmopolitismo, que no se sustenta por sí mismo. Es la imaginación local la que sustenta al concepto, y si el concepto gira sobre sí mismo, pierde su sentido, se “desrealiza”, vacío y sin intuición. Pero a su vez, el concepto revierte sobre la imaginación, y articula en su intimidad a la universalidad práctica, amenazada de desmenuzarse en particularidad, localismo. Tal la tensión, la armonía y el conflicto, el antagonismo compenetrado mutuamente, de lo nacional particular y el cosmopolitismo universal. No pueden vivir prácticamente el uno sin el otro. Y su oscilación es entre dos extremos: o la dictadura de la verticalidad central, cosmopolita, abstracta, que ahoga las fuentes mismas de su función, la vida local católica; o la disgregación, el cisma “nacional”, que rompe al universal, y la particularidad recae sobre sí misma. La sociedad horizontal tiende a disgregar al centro, a la vez que lo necesita. La sociedad vertical tiende a absorber a la horizontalidad, hacerla pura “periferia”, a la vez que su sentido es el servicio a la horizontalidad.

Por ejemplo. Las amenazas reales de cisma, los peligros nacionales, el soportar un ataque generalizado, llevaron a la periferia a supeditarse totalmente al centro: su apogeo eclesial fue el Concilio Vaticano I. La coexistencia pacífica, la paz ruso-americana, la disminución aparente de las amenazas sobre la Iglesia, llevan al Concilio Vaticano II a recuperar la representatividad, la consistencia propia, de las iglesias locales, en un nuevo movimiento compensador y de “deshielo”. Insisto, pues no solo hay que ver la teología de la política, sino la política de la teología. El Concilio Vaticano I se interrumpió por la violencia de la situación italiana. El Concilio Vaticano II ha sido el de circunstancias más apacibles en la historia de la Iglesia. El primero fue “dictatorial” en el momento de mayor postración y debilidad de la Iglesia y del “encierro” del Papado. El segundo en medio de la prosperidad europea, en un momento de gran renovación teológica, eclesial, en todos los aspectos. Pero cuidado, la debilidad a veces genera fortaleza, y la fortaleza a veces debilidad. Las cosas no son jamás unívocas. Y hoy luego de la euforia del

Concilio Vaticano II en medio de la visión más rosada posible, días aciagos horadan la vida de la Iglesia Católica. Pero nuestro santo y seña es la Cruz de Cristo, que tantos quisieran evaporar de su vida práctica. No nos es posible saltar por sobre el signo de contradicción. ¡Este es permanente “signo de los tiempos”!

Una última observación sobre la co-operación de la verticalidad y la horizontalidad, que por cierto no agota el tema, y es respecto del "hiatus" necesario, doloroso, armónico y contradictorio, que genera siempre la práctica del centro vertical, “solidarizador”, con respecto a las sociedades locales horizontales. El centro lucha siempre, con más o menos éxito, para no someterse a las particularidades más potentes, las grandes naciones, y sólo puede lograr esto en la medida que se apoya e interpreta a otras particularidades. Es decir, es mediador entre las iglesias locales, en la medida que no se identifica con ninguna y su fuerza para no caer en esa “identificación” está en su vinculación con el “conjunto” de todas. De tal modo, la política de gobierno de centro, su práctica, es la resultante de todas las iglesias locales, pero no se identifica con ninguna. Puede “mediar” en la medida que es distinta de cada una, que no es ninguna de ellas a pesar de ser su resultado. Pues es cualitativamente distinto, “cosmopolita”. Y es así como el centro logra la “conformidad” de las distintas localizaciones. Pero a la vez, por ser diferente y resultado de todos, no se conforma estrictamente a ninguna “particularidad”. El centro vertical genera de suyo, por su rol armonizador, su conflicto con cada particularidad; genera un continuo “inconformismo” en las particularidades. El centro genera la “solidaridad” práctica global, pero al no confundirse con ninguna particularidad, genera dentro de ellas una falta de “solidaridad” con el centro. Los "solos" locales sueñan un lugar utópico en que su propia particularidad coincida pura y simplemente con la universalidad. Y como eso no es posible, de hecho tienen la tentación de creer que su particularidad es ya universalidad práctica. Así surge en el seno de cada iglesia local, el rechazo del centro. Si se le lleva a su extremo, configura la ilusión aldeana de creerse ya universal, sin conflicto, sin atravesar por su “otro”, sin verticalidad, en la pura horizontalidad. Y esto es lo que hoy amenaza al centro romano. Cuanto más se amenaza el Cuerpo de la Iglesia, más mística se hace la unidad, y se escinde "institución" y "comunidad", vulnerando la lógica de la Encarnación. Volviendo inconscientemente a la separación platónica, para eludir el desgarramiento incesante y reparador del ser cristiano. En la historia, el universal y lo concreto se persiguen mutuamente sin alcanzarse jamás, sin coincidir plenamente nunca; de ahí la ansiedad por acapararlo, domesticarlo; y para ello se incurre en lo exactamente contrario del “universal concreto”; se le separa, evaporando su tensión. El único universal concreto es Cristo, y Él es a la vez el horizonte y meta de la historia, el reino de Dios.

Damos término aquí a la digresión, larga para el artículo, corta para el asunto mismo. Pero creo que hemos avanzado sin romper la unidad del movimiento de nuestro tema. Estamos ya en condiciones para analizar, sin mayores equívocos, la lógica interna de la visión de Suenens, el sentido de las reformas que propone, y a la vez abrimos camino para el esbozo de nuestras perspectivas, como posibles hipótesis de resolución.

III- ¿Disgregación de la Iglesia?

7. Conferencias episcopales.

Compartimos los conceptos generales de Suenens con respecto al Primado y a la colegialidad: integran el patrimonio de la Iglesia, más aún desde el Concilio Vaticano II. No es posible aislar al

Papa de la Iglesia, y debe existir una estrecha relación con los episcopados, con las conferencias episcopales. Aunque el propio Suenens admite que "es difícil precisar jurídicamente esas reglas de juego". Difícil, pero no imposible. La misma realidad práctica de las conferencias episcopales irá delineando las vías de solución. Pues es una práctica que todavía está en sus primeros pasos y experiencias en la Iglesia. Sólo me cabe aquí una duda: Suenens sugiere que "las Iglesias particulares abierta y colectivamente -a través de sus obispos reunidos en conferencias episcopales- pueden y deben colaborar en los documentos de interés vital para toda la Iglesia". Está bien, pero creo que no siempre. Me explico.

En ciertas ocasiones hay cuestiones muy candentes, que dividen muy profundamente las opiniones. Realizar en este caso pronunciamientos episcopales locales o regionales, previos a la resolución de la Iglesia Universal, y esto de modo abierto, es decir público, puede ser gravemente desorientador. Una cosa es la discusión pública en un Concilio Universal, y muy otra es que se vayan generando de hecho pronunciamientos públicos contradictorios, oficiales, de los diversos episcopados antes de la resolución final. Sería consolidar líneas diferentes, agravar la crisis, hacer que unos u otros dieran marcha atrás. Por ejemplo: el caso de la *Humanae Vitae*. ¿Qué hubiera ocurrido si los episcopados uno a uno se hubieran ido pronunciando de modo público, contradiciéndose entre sí? Las contradicciones hubieran resultado ahondadas e insubsanables. Sería una anarquización ostentosa de la Iglesia, e innecesaria. No es posible generar "hechos consumados" diferentes antes de la última instancia. Muchos episcopados se hubieran pronunciado en la línea de la *Humanae Vitae*, y otros no. ¿Cuál entonces el resultado objetivo en cada Iglesia local? ¿Esa es una auténtica maduración de la Iglesia? A todas luces no. ¿Postergar entonces indefinidamente el asunto? A veces, quizá. Pero otras veces no, es necesidad el pronunciamiento, no se puede esperar demasiado. Y este fue el caso en mi concepto de la *Humanae Vitae*. La notoria ceguera de los nord-atlánticos, encerrados en lo doméstico del asunto (muy importante por cierto) les hizo ignorar la dimensión política. ¿Podría esperar el rechazo al malthusianismo, desencadenado sobre América Latina por el imperialismo norteamericano? ¿Podría estar ausente la Iglesia con su palabra? La emergencia era muy grave y urgente. Pablo VI dio una respuesta adecuada, difícil, pero era muy consciente de los verdaderos términos del problema que enfrentaba. Claro, no es todavía una respuesta definitiva, el pueblo cristiano y sus obispos deben continuar ahondando la cuestión. Pero no hemos visto que, ni siquiera después de la *Humanae Vitae*, nuestros hermanos europeos, aun los más avanzados, salieran de su visión exclusivamente doméstica, parcial y local. No supieron asomarse al conjunto de la catolicidad de la Iglesia: estaban demasiado sumergidos en su localización nacional para discernir, cómo podía hacerlo en vez el centro vertical, cosmopolita, cuya práctica no se supedita a una sola particularidad. Y a tal punto, que el centro romano tuvo que resistir el fuego graneado de las localizaciones nacionales más potentes, de Europa y Estados Unidos, los poderes metropolitanos.

En materias muy graves y controvertidas, y a la vez urgentes, parece que el Sínodo fuera un lugar adecuado, relevante, para su discusión pública. En este orden (sin excluir otras posibles funciones) debiera asociarse al Papa íntimamente. Aunque, como dice Suenens, "no se trata de que el Papa sea únicamente el portavoz de la Iglesia, ni que, para dar validez a sus actos, necesite de su consentimiento jurídico".

Así, en el aspecto de la relación Primado-colegialidad, no aparecen visibles discrepancias de entidad. Sin embargo, estamos en una cima todavía un poco brumosa en cuanto a su organización concreta. ¿Dónde aparece con más claridad el pensamiento de Suenens? En lo que atañe más directamente al centro romano. Es por este lado donde habrá mayor precisión, y de allí que sea esencial para entender el conjunto, la lógica de Suenens, su tendencia general, aún en otras dimensiones todavía no acabadas. Pues si las ideas organizan la práctica, a su vez la práctica puede llevarnos a modificaciones o mejores definiciones de las ideas. Esto nos lleva a reflexionar nuevamente sobre el “centro romano”: el Papa, la Curia y los Nuncios. Comencemos por estos últimos, pues es donde Suenens es más explícito.

8. Los nuncios.

La Iglesia Católica, como tal, está en relación con los Estados. Urbi et Orbe. Al no identificarse con los estados, sus relaciones son ya conflictuales, ya pacíficas. Y en toda paz, anida el conflicto. La historia, en uno de sus aspectos, es una larga e inevitable lucha de la Iglesia por su libertad con respecto al Estado, que ha oscilado variadamente entre los límites de la dependencia de la Iglesia en relación al Estado, o del Estado con respecto a la Iglesia. Pero ninguna situación es definitiva, sino esencialmente inestable. Y esto acontece (la dialéctica Iglesia-Estado) nos guste o no. Y si existen relaciones reales permanentes, parece lógico que la Iglesia, de diferentes formas, mantenga relaciones con el Estado objetivadas. Esto acontece, es obvio, a través de su jerarquía visible. Y es así que hoy la Iglesia mantiene sus relaciones bajo dos modos principales: “horizontales internas” con el Estado (los obispos locales) y “horizontales externas”, las de su “centro universalizador” vaticano (nuncios, embajadores, enviados especiales, etc). Los dos niveles de la Iglesia Católica, el horizontal y el vertical, tienen relaciones inevitables con el Estado; la permanencia de esas relaciones se objetiva, de jure (nuncio) o de facto (obispos locales). ¡Si será importante la relación Iglesia-Estado, que son los ámbitos estatales los que determinan el ámbito de la Iglesia local! Y esa doble relación de la Iglesia con el Estado, usando un lenguaje “cibernético”, proporciona la máxima información al “centro” de la realidad nacional y mundial. Es un Cuerpo que busca la máxima cantidad de canales para el contacto con una realidad social fundamental, determinante en alto grado, y que no puede eludir. Aquí radica seguramente la fama de la diplomacia “vaticana”. Quede esto también muy en claro, pues algunos postulantes al “compromiso temporal” (en el que estamos, nos guste o no, siempre), quieren “esfumar” la dialéctica Iglesia-Estado, dándole la espalda como si no existiera igual. En contradicción consigo mismos y con la realidad.

Como su nombre indica, nuncio es el “mensajero” del “centro” con las particularidades, el Estado y su Iglesia local. Como anota Suenens “la alianza de estas dos funciones crea problemas”. Cierto, son un modo concentrado de la situación normal del cristiano, integrante no armónico de dos sociedades compenetradas, la Iglesia y el Estado, tampoco armónicas. Debemos resolver la tensión a cada momento, conjugarla en las más variadas formas, pero es una antinomia “insoluble definitivamente” hasta el fin de los tiempos. Aunque muchos cristianos viven como si no fuera así. Y muchos nuncios también.

¿Cuál es el riesgo propio de este mensajero? La habitualidad oficial, le contamina casi inevitablemente de oficialismo. Hasta lo obliga, puesto que ningún embajador se pondrá en revolucionario. Si lo es en su fuero íntimo, o no, siempre deberá ser prudente. Pero este riesgo

no es sólo problema de los nuncios, también de los obispos locales. Es en el obispo, cabeza visible de la Iglesia local, donde se concentran las presiones del poder político, es donde se anuda toda amenaza contra la Iglesia local. El obispo es su defensor, pero su política natural es la negociación (lo que no es el caso del cristiano laico, sin responsabilidades específicas con la institución eclesial, que hará las opciones políticas que juzgue, negociando o no). Para el obispo, la ruptura con el Estado es “última ratio”, y sólo si es necesidad imperiosa de la fe y de su pueblo cristiano todo. Ruptura defensiva, no ofensiva, porque no es tarea del obispo operar políticamente de modo directo y por su iniciativa contra el Estado. Esto sí puede hacerlo de cada laico, cuando guste. Pongamos otro ejemplo: el dirigente sindical. Este representa a los intereses de la clase obrera, es el que negocia con la burguesía. Y por eso, si representa al obrero ante el burgués, también representa, de algún modo, la presión del burgués ante el obrero, al que tiene que persuadir del “arreglo”. Es el destino de los negociadores, de los mediadores. Y también, otro ejemplo más radical: el de los partidos revolucionarios cuando todavía no están en situación revolucionaria. Dice un autor marxista: “Uno de los problemas fundamentales de un movimiento socialista consiste en su relación con la sociedad en la que tiene que subsistir y a la que, sin embargo, debe oponerse absolutamente. Es imposible aislarse del capitalismo dentro del capitalismo”⁴. Es evidente. Bajo otras formas, así lo vive la Iglesia, sufriente, itinerante, militante, que ha atravesado y sobrevivido en los más diversos regímenes políticos y estructuras socio-económicas. Es asunto de ayer, hoy y mañana. Cuando el mundo sea una sola unidad político-económica, no habrá conflictos “internacionales”: todos serán conflictos “internos”. La esencia del problema, bajo otras formas, seguirá en pie. Siempre, como dice San Pablo, “no amoldarse al tiempo presente”, pero eso a través de un cierto amoldamiento, inevitable. ¡Los opuestos se penetran!

Pues bien, ¿qué aconseja Suenens respecto de los nuncios? 1) que el nuncio sea laico 2) que sea un nacional del propio país 3) que no ejerza ningún control o “policía negativa” 4) que sea esporádico, y que la información normal sea sólo de las conferencias episcopales 5) que se inserte en la pastoral interna de la Iglesia local, con lo que dejaría de ser un “cuerpo extraño”. El conjunto de las propuestas, su unidad, es clarísima. Es lisa y llanamente suprimir al “nuncio” en su esencia, sumergirlo como un miembro más de la Iglesia local, digerido por la particularidad. Así, se le hace perder la “extranjería” que implica ser agente del “centro mediador universal”. ¿Podemos imaginar para qué sirve un nuncio norteamericano ante el Estado norteamericano o el episcopado norteamericano? Y así sucesivamente con todos. El nuncio se convierte en una tautología con la Iglesia particular. Esta queda sola, todas quedan respectivamente solas. No se puede soportar la mediación “cosmopolita” del centro, que representa en la intimidad de cada localización a la “solidaridad universal de las horizontalidades”. El particular evacúa prácticamente al “otro” cosmopolita de su seno. Con la idea de Suenens del nuncio, que quede o que desaparezca, es lo mismo. Ya está disuelto en la particularidad nacional.

De tal modo Suenens corta todos los canales propios del “centro” para su información: solo recibe pasivamente la información de la Iglesia local, pero no tiene modo de revertir habitualmente sobre ella. No devuelve información, ni genera la suya, de modo permanente y viviente. No hay “co-operación”, sino operación en una sola dirección. Del local al centro. Así, se

⁴ “Sartre y Marx” de Gorz y Maccio. En la introducción de Ben Brewster (Ed. Pasado y Presente, Córdoba, 1969, p. 7).

pone “cabeza abajo” la antigua relación entre horizontalidad y verticalidad. Hay una notoria pérdida de información del “centro mediador”, custodio práctico del “principio de solidaridad mundial” y no solo de las autoidentidades particulares. Esta lógica lleva hacia la disgregación en la multitud de localizaciones horizontales, libradas a sí mismas, absolutamente. Se rompe la reciprocidad continua, permanente, viviente (con los lastres que fuere) entre el local práctico y el universal práctico. No compartimos en absoluto estas formulaciones de Suenens, que es donde manifiesta con mayor claridad su pensamiento. Pues la cuestión de los nuncios es absolutamente vital para la unidad solidaria de la Iglesia, visible y no sólo invisible. El problema que enfrentamos es el de generar la actividad propia de la horizontalidad, sacarla de su antigua pasividad, pero de ninguna manera engendrar la pasividad del “centro”. La acción debe ser recíproca. Claro, la doble actividad del centro y la horizontalidad genera posibilidades de conflictos mayores que la actividad de uno solo. No se trata de eliminar los conflictos, sino de bien encauzarlos y dirimirlos, en el seno de la Iglesia Universal, Católica. ¿Y si no se admite la presencia “extranjera” del centro, se admitirá la presencia extranjera de las otras iglesias locales? ¿Cada una de las iglesias locales tendrá su propia “curia universal”? ¿La solidaridad práctica no está en el más grave riesgo? La doble actividad es más compleja y conflictual que la de uno solo, pero es el verdadero camino. De lo contrario, cada particularidad, librada a su propia lógica particular ¿dónde termina en relación a los otros, que a su vez hacen lo mismo? Pues en la separación sin conflictos. Salvo que haya armonía pre-establecida, pero tal visión idílica, no corresponde a la realidad.

La cuestión del nuncio tiene amplios alcances: son los canales normales del “centro”, y sin ellos el centro se anemiza, cae en la entropía. Solo hay una cosa muy cierta: y es que no se trata de la unidad de persona del nuncio, sino de las dos funciones (relación del “centro” con los Estados e iglesias locales). En este orden, parecería lógico realizar esas dos funciones con dos personas. Podría ser observador acreditado, laico o sacerdote (lo que importa es la especialización) ante el estado, haciéndole perder las antiguas obligaciones y privilegios protocolares del nuncio. Y por supuesto, extranjero. Y podría designarse a otro delegado del “centro” solo ante las iglesias locales, ante su episcopado. También tendría que ser extranjero, con experiencia “cosmopolita”. Así se “desinflaría” la figura del nuncio, pero sus funciones, que es lo único que importa, seguirían en pie, acentuándose la diferencia entre ellas. Puede ser un camino saludable, que evite equívocos, aunque suponga un aumento “burocrático”.

9. La curia.

Si la Curia ha perdido sus “miembros descentralizados” (como define Suenens a los nuncios), el centro pierde su razón de ser propia, que es su relación con la localización horizontal, “descentralizada”. La Curia es una “exterioridad” respecto a las localizaciones primarias, pero su servicio solidario es justamente esa “exterioridad” interiorizada en las horizontales, pues de otro modo no existe la realidad única del Cuerpo, que comunica a “lo uno y lo otro”, y cuya forma real es que “el uno esté en el otro” (representación local adecuada en el centro) y que “el otro esté en lo uno” (representación del centro en lo local). Y entonces, ¿qué pasa con esa Curia que ha perdido los canales propios de comunicación con el mundo? ¿cómo la ve Suenens en sí misma?

Todo gobierno, y eso es lo que implica una sociedad única, necesita promulgar leyes y ejecutarlas, de diversos modos, así como una actividad menor de reglas y consejos incesantes. La ley es garantía de unidad y garantía contra la arbitrariedad. Su acento es lo común, más que lo individual. Pero, por otra parte, como la ley es abstracta, genérica, no se adecúa al caso concreto, y por ello se debe juzgar “prudencialmente” y no literalmente. A su vez, el movimiento incesante de la realidad exige una actividad continua de “revisión” de la ley, para adecuarla mejor a la situación. Todo esto es obvio. Suenens dice con acierto "hoy como ayer son necesarias las reglas y las leyes. So pena de caer en la anarquía, la autoridad sigue siendo una necesidad para la Iglesia, lo mismo que para cualquier sociedad. Toda abdicación de la autoridad religiosa iría contra del propio Evangelio". Así, la caridad trasciende la ley, pero no la elimina ni la hace prescindible.

El Código de Derecho Canónico de 1917 está vetusto. Es más hijo de la vida de una Iglesia en las sociedades agrarias durante más de 1800 años, que de la nueva sociedad industrial hoy en despliegue. Está así recargado de prescripciones talmúdicas y arcaicas, que generan verdaderas tragedias. Se está ahora en la reforma de ese Código para adecuarlo a los nuevos tiempos y sus exigencias, de acuerdo al espíritu del Vaticano II. Se quiere evitar toda minuciosidad, darle un carácter lo más general y abierto, a la “promesa”, para que se pueda aplicar más concretamente el “principio de subsidiariedad”. La “subsidiariedad”, la responsabilidad, correrá a cargo de cada iglesia local, más concreta, y no del “centro”. En este punto, todos estamos de acuerdo.

El problema surge sobre el grado de extensión del principio de subsidiariedad. La impresión que uno tiene ante el enfoque de Suenens es que tiende a erigir la “subsidiariedad” en lo único. Todo su acento está en la dificultad de la ley, en el elogio de lo particular. No enuncia las dificultades de lo particular desorbitado. Hasta se pregunta ¿cómo impedir que se caiga en un inmovilismo de la ley?, aunque se piensa instalar en el Vaticano una comisión para la revisión periódica. Claro, esta pregunta se la puede hacer cualquier sociedad, y si se inhibe demasiado con los “cambios” que habrán de modificar la ley, pues no se haría ninguna ley. Nadie legislaría nada.

Entonces, lógico consigo mismo, Suenens afirma que "mientras más" puedan las iglesias locales juzgar por sí lo concreto, más se reforzará la unidad. Cierto, hasta cierto punto. Pues Suenens no menciona el otro principio necesario, y más para la Iglesia Católica, que es el de “solidaridad”. Si cada particularidad, por sí misma juzga “cada vez más” particularmente, y cada una acentúa respectivamente el camino divergente de su propio particularismo, pues corremos hacia la ruptura jurisprudencial, acumulativa, de la “solidaridad” práctica católica visible. En este sentido, es más ponderado el informe preparatorio al Sínodo extraordinario, que dice: “para que siempre quede a salvo la unidad de la Iglesia puede suceder, en razón de esa misma unidad, que un asunto que de por sí compete a los Obispos, sea elevado a la autoridad superior. Es de desear por tanto, que el sentido y trascendencia de este principio de subsidiariedad en las relaciones entre la Santa Sede y las Conferencias Episcopales sea determinado más profundamente. Cuanto más ágil sea esta mutua relación entre la potestad primaria de la Sede Apostólica y la legítima autoridad de los obispos de las Iglesias particulares, más a salvo se pone el bien común para ambas partes. Ya de por sí es claro que el principio de solidaridad, en el que se inserta el de subsidiariedad, no es de menor importancia. Más aún, es su necesario complemento, ya que se inserta la mutua solicitud en esta estructura de unidad de la Iglesia y la lleva a la práctica”.

Suenens, que no plantea frontalmente esta dificultad, consecuente con su lógica de dominio de la particularidad, tiende a absolutizar el principio de subsidiariedad. Olvida que cada virtud, tiene su vicio respectivo; cada positividad, su negatividad. Y si a esto sumamos la eliminación de los “miembros descentralizados” del centro solidarizador en las localizaciones, entonces la lógica de la particularización sigue fragmentando la unidad.

No es que la horizontalidad crezca conjugada con la verticalidad, sino que se hace la condición “sine qua non” por sí misma y en sí misma en términos exasperados. Ya la “internacionalización” de la Curia (a esta altura de la concepción de Suenens, bastante atrofiada) solo importa “siempre y cuando” vaya acompañada de “los intercambios pastorales entre los países. De lo contrario es un engaño”. Y así algo tan legítimo como el intercambio pastoral entre los países se convierte en la condición de validez de la “internacionalización” de la Curia. Lo que configura una nueva exageración horizontalista. Ya no comprendemos por qué Suenens reconoce que la Curia “es un mecanismo humano indispensable, que está al servicio de realidades sobrenaturales que la trascienden”. En cambio sí vamos comprendiendo qué quiere decir cuando señala que la Curia debe ser “reducida a términos más justos”. Pues no toda reducción de la Curia a términos más justos, será la de Suenens. La suya, en realidad, la “jibariza”.

Pero continuemos. Muchas observaciones de Suenens contra el burocratismo curial son absolutamente ciertas, y aunque vulgares, no menos importantes. Lo burdo del caso Illich es un buen ejemplo. Pero, nuevamente, debemos cuidar de no confundir demagógicamente burocracia con burocratismo, su vicio. Toda burocracia necesita “formas”, de algún modo es formalista. Es esto una garantía de objetividad, de seguridad en sus canales y comportamientos. Y a su vez, el formalismo tiende a hacerse un “laberinto” y transformar su virtud en vicio. Creo que la experiencia burocrática de Suenens debe hacerle consciente de esto. Es de toda evidencia la necesidad de luchar incesantemente contra el “burocratismo” (no la burocracia, que es normal y necesaria en cualquier sociedad, de actividad permanente, de más de 10 personas...) El peligro normal de toda burocracia, y mayor cuanto más compleja y planetaria, es el “burocratismo”, degeneración de ayer, hoy y mañana. Cuando espantados legítimamente por los tumores burocratistas atacamos a la burocracia misma, caemos en la peor irrealidad idealista, en un romanticismo ingenuo. La vigilancia al respecto debe ser continua, pero no hay remedios infalibles y perpetuos. Por consiguiente, las inercias burocráticas de la Curia siempre serán subsanables, a la vez que nunca. Nada de ilusionismos al respecto. Pero hoy se trata de adecuarla mejor a la realidad planetaria de la Iglesia, que ya no es sólo principalmente europea. Y a una funcionalidad universalista más adecuada a la unidad y multiplicidad episcopal de la Iglesia.

Los hombres, al vivir la práctica del “centro”, que no es de ningún país y de todos, se “cosmopolitizan”. Eso es un bien: conviene que se liberen de su particularidad y abran su óptica a la práctica católica mundial. Pero a la vez, eso va encerrándolos en un mundo cada vez más ajeno a cada particularidad, van cayendo en una “particularidad universal abstracta”. Pierden contacto inmediato con el pueblo, que solo puede ser uno solo, al tenerlo con todos los pueblos. Hoy se barrunta el problema. ¿Cuál su solución? Pablo VI ha invitado a los miembros de la Curia a participar en tareas pastorales directas con el pueblo. Sin embargo, esto parece imperfecto. De poco serviría internacionalizar la Curia, si los “internacionalies” se italianizan, se romanizan en sus experiencias pastorales. Parecería más conveniente tomar como norma, por ejemplo,

que cada miembro permanente de la Curia deba volver a su lugar de origen, a su Iglesia local respectiva, para participar de auxiliar en tal o cual pastoral concreta. Podría ser una obligación de tres o cuatro años cada década. Pues no puede ser tampoco muy corto su papel en la Curia, ya que no alcanzaría la debida "especialización". Debemos mantener a todos los niveles, esa oscilación existencial entre lo universal y la propia particularidad. Nuestra propuesta es incrementar la "internacionalización" real de la Curia, para renovarla incesantemente con la vida de las localizaciones primarias, a la vez que sin romper su necesaria "especialización universal". De este aspecto no se ocupa Suenens.

Finalmente, Suenens propone proceder a la radical "modernización" de la Curia, con los instrumentos más actuales. Compartimos absolutamente esta opinión. Hay que "automatizar" al Vaticano al máximo, para que administrativamente adquiera la debida celeridad, para que sea capaz de procesar la "información" con la mayor rapidez, en todos los aspectos que puedan ser susceptibles de esta "cibernetización". Solo que esto, con una Curia atrofiada, y con menos información real, no parece adquirir en el pensamiento de Suenens demasiada importancia. Su énfasis está más en los contactos personales, informales. Esto es indispensable: la relación viviente del centro con la horizontalidad debe ser continua, regular, a todas las dimensiones. Pero con tantos contactos, los canales de comunicación deben estar bien "formalizados", de lo contrario la red mundial que converge sobre el Vaticano terminaría en un caos, se generaría un "ruido", un desorden entrópico. Y Suenens dice "mientras más se multipliquen y más se separen del formalismo jurídico las líneas de comunicación con Roma, más se enriquecerá la Iglesia". Discrepamos absolutamente. No puede perderse el orden regular de las comunicaciones y sus canalizaciones respectivas. Lo que sí compartimos es que, la relación personal es indispensable, y las visitas recíprocas del "centro" y la horizontalidad exigen multiplicarse. Pero de ninguna manera sustitutivamente. El enfoque de Suenens aquí, en su parcialidad, conduce a generar un "centro de confusión". Lo que no impide a Suenens, a la vez, el exigir la modernización llamando a colaborar a nuevos creadores de "normas" prácticas. No se cómo se puede unir estas dos exigencias una vez que se plantean como divergentes de suyo.

Aunque ataca al formalismo, Suenens nos invita, paradójicamente, a nuevas "formas" de conducta, en tanto que reguladas. Así, para reorganizar a la "cima" es necesario un amplio equipo internacional de colaboradores: "No sólo de teólogos calificados, sino también podrían aportar su valioso concurso hombres especializados en las grandes técnicas de la organización de mecanismos internacionales, la ONU, por ejemplo; como también los jefes de las grandes empresas y de management, los sociólogos, los especialistas en comunicaciones, en relaciones humanas y en prospectiva".

De pronto, el extremo espiritualismo de Suenens se pone muy práctico y concreto. Llama la atención cómo formula los términos de la "modernización", tan ligada a los "managers" y las "public relations". Aquí el "fuera" de la Iglesia hace su única incursión, dentro de la exposición de Suenens. Es muy significativo, y lo examinaremos más adelante.

Por lo expuesto, vemos que el pensamiento de Suenens respecto a qué debe hacerse con la Curia es vacilante y hasta contradictorio. Tiende a matarla, a la vez que quiere modernizarla. Es como en esos cementerios norteamericanos de Evelyn Waugh y Aldous Huxley, donde se quiere mostrar a los muertos como vivos. Pero el destino de la Curia, aún oscuro, solo aparece nítido

en sus dos extremos esenciales: los nuncios y el Papa. Veamos qué piensa Suenens del Papa, y terminaremos de comprender qué quiere hacer con la Curia.

10. El Pastor Universal.

"Es importante destacar las dos funciones esenciales, de derecho divino: todo Papa es necesariamente obispo de Roma y pastor supremo de la Iglesia Universal", escribe Suenens, y agrega que a estas dos funciones la historia ha agregado otras "prescindibles". Nos hace una lista de ellas. Aquí una puntualización respecto al Vaticano. El Papa como Jefe de la Ciudad o Estado del Vaticano, asunto contingente, muestra sin embargo la importancia vital que tiene el Vaticano para la libertad de la Iglesia, en el orden práctico. Aunque no sea cuestión de derecho divino. Asegura a la cabeza de la Iglesia, al "centro", una cierta libertad en el mundo, siempre relativa y condicionada, no angélica. Y en la medida que la Iglesia requiere "localizar" su cabeza, con su función universalizadora, es indudablemente mejor que esté garantida por un estatuto internacional, a que sea meramente una persona sujeta a los avatares políticos administrativos exclusivos de un Estado particular. Se adecua mejor a la naturaleza de la centralidad "cosmopolita" una naturaleza jurídica internacional que nacional. En este sentido, la Ciudad del Vaticano es una solución óptima, por lo menos hasta dentro de uno o dos siglos cuando la Tierra sea un solo Estado Mundial, hacia el que tiende. Pero todavía estamos lejos, en medio de terribles contradicciones estatales. En este sentido, la Ciudad del Vaticano es la mejor solución alcanzada, hija de siglos de conflictos, presidida por la inquietud de mantener en lo posible la independencia de la cabeza, y por ende de la Iglesia, de todas las Iglesias locales. Y todos debemos tener residencia en la tierra. Localizarnos. El Vaticano es un "estado sui generis", totalmente distinto de los Estados. Suenens acentúa la "accidentalidad" del Vaticano, pero omite señalar a la vez su altísima conveniencia. ¿Por qué sólo la nota de "prescindible" sin informar de su utilidad vital? ¿casualidad? Depende de cómo piense la función del Pontífice (y por ende Curia y nuncios).

Aquí Suenens, con su lógica de la particularización pura, invierte la jerarquía de los términos. Pone al Obispo de Roma por encima del Pastor Universal. Y aquí discrepamos. Pedro y la sucesión apostólica, tienen como función ante todo la de Pastor Universal. Así lo dispuso Cristo. Por Cristo, Pedro es ante todo Pastor Universal. Apóstol fundador y mártir de la Iglesia de Roma, por verdadera tradición, sus obispos han sido los sucesores apostólicos. Pero, creo, nada impide a un Papa su renuncia al título de Obispo de Roma y el disponer otra "localización". Y que, en las condiciones actuales de unidad planetaria, el órgano episcopal elector legítimo del Sucesor de Pedro, lo designe simplemente a título de Pastor Universal. Las características de la historia contemporánea, permiten a la Sucesión Apostólica del Primado otro modo de localización, más universal, más acorde con su "ir a enseñar a todas las naciones". La historia no es pura arqueología, ha madurado y en este sentido no ha transcurrido en vano. En mi opinión el tiempo ya es propicio para que el Papa sea exclusivamente Pastor Universal y no más Obispo de Roma. Pedro pudo ir más allá de Jerusalén. También puede ir más allá de Roma. ¿Por qué continuar obispo romano? Hoy, la Ciudad "internacional" del Vaticano es más asiento real del Papa que Roma. El Vaticano es más "orbe" que "urbe". ¿Por qué no otra vez? "Salió y se fue a otro lugar" (Hechos, 12). A hacer, prácticamente, que su única urbe sea el orbe.

En tanto que aquí se sumerge al Papa ante todo en su ser obispo de Roma, se le romaniza, se le italianiza del todo, y se cree que así particularizado tendrá la mayor universalidad mediadora (¿puramente simbólica?). Si nos interesa tanto des-orbitar prácticamente la “localización horizontal” seamos lógicos hasta el fin y hagamos que el Papa sea en adelante, definitivamente, un italiano. Que los nacionales se entiendan con los nacionales. ¿Para qué un obispo de Roma extranjero? ¿para qué protestar contra la italianización de la Curia? Ésta, de tan atrofiada, y tan ligada a la función papal de obispo local se hará “diocesana” y tendrá un rol “universal” puramente literario. Y así, también vemos cómo el Vaticano ya no solo es “prescindible”, sino hasta inconveniente. Esto es lo que resulta objetivamente del planteo global de Suenens. Y así entendemos también que a Suenens le parecería secundaria la “internacionalización” de la Curia, pues eso está supeditado al intercambio horizontal “entre las pastorales”.

De tal modo, los perfiles lógicos del planteo de Suenens se exhiben en su limpidez “des-totalizante”. De la reivindicación legítima de la particularidad, Suenens atraviesa como una “barrera del sonido”, y entra en la lógica de la disgregación. La horizontalidad arrasa con la verticalidad, queda a solas, y por ello necesita compensatoriamente la utopía de la “armonía pre-establecida”. Un rasgo de la eclesiología de Suenens es justamente ese: carece de toda perspectiva desgarrada de la historia, es una sinfonía edulcorada. También esto es muy representativo de esa corriente que hemos caracterizando como de “comunitaria liberal”.

Justamente, Houtart y Hambye señalaban hace poco en “Concilium” que una de las más graves flaquezas del Concilio Vaticano II es la “ausencia de la dimensión conflictiva”⁵. Dicen cosas muy atinadas al respecto; aconsejamos su lectura. Y aquí nos permitimos repetir a Houtart y Hambye: “al no tener en cuenta el carácter antinómico de ciertos objetivos que se pretenden alcanzar, se desemboca fatalmente en el fracaso o en la incapacidad para superar las simples declaraciones que son apreciadas por todos en la misma medida en que todos saben que son inaplicables”. Salvo, en este caso, que se prefiera fragmentar a la Iglesia Católica.

11. De la colegialidad y el ecumenismo.

Volvemos al punto de partida. Habíamos señalado una duda respecto a que en todo asunto, aún de grave importancia, las conferencias episcopales se pronunciaran sin consulta previa al Pastor Universal. Hecho el recorrido total del enfoque de Suenens, ahora su propuesta adquiere su plena claridad. Y es así que el teólogo suizo Hans Kung⁶ que hiciera recientemente la apología al planteo de Suenens, al punto de proponerlo como base del próximo Sínodo, levanta un alerta contra las siniestras intenciones del informe preparatorio al Sínodo, cuando dice “que las conferencias episcopales, antes de emitir una declaración sobre un asunto grave, averiguen en tiempo oportuno el pensamiento de la Sede Apostólica”. A Hans Kung esto le parece desastroso. Pone también como ejemplo el de la *Humanae Vitae*, aunque desde un punto de vista opuesto al nuestro. Solo le interesa, por su particularización nordatlántica, el asunto doméstico, y oculta la dimensión demográfica, el imperialismo malthusiano; a la verdad, ni se plantea el problema. ¿Prefiere entonces que las conferencias episcopales en materias graves se pronuncien

⁵ En *Concilium* Nro. 36, artículo “Implicancias políticas del Vaticano II”, p. 484 y sig.

⁶ J.B. Metz: “Responsabilidad de la esperanza”, reproducido en “Cristianos y Marxistas: los problemas de un diálogo” (Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1969, p. 137).

previamente a la Iglesia Universal, las unas contras las otras? Aquí se muestra una vez más la lógica desorbitada de la particularización.

El texto más completo del informe preliminar al Sínodo, que resulta de la consulta a todos los presidentes de Conferencias Episcopales, dice: "La función de las Conferencias Episcopales se refiere ante todo a la coordinación. Una verdadera coordinación lleva consigo un elemento muy unitivo, no tanto dentro de las mismas Conferencias, sino sobre todo en lo que se refiere al gobierno de la Iglesia Universal y viceversa. Esta coordinación necesita de un mutuo y rápido intercambio de noticias y documentos y de una mutua confianza. La función pastoral de estas Conferencias Episcopales hace que, conservando la unidad de la mutua cooperación tanto en el seno de la misma Conferencia de cada nación cuanto con las otras Conferencias y con la Sede Apostólica, indague la que podemos llamar índole nacional en determinadas cuestiones religiosas, morales y sociales de tal modo que la Iglesia particular se adapte a ellas... Promuévase cada día un mayor intercambio de noticias entre la Santa Sede y las Conferencias Episcopales para hacer progresar la mutua confianza y la cooperación... Por parte de las Conferencias Episcopales, además, se expresan muchos deseos a cumplir por ellos mismos, para que esta unión sea mutua. Para que se conserve incólume la unidad de la Iglesia, conviene que las Conferencias Episcopales, antes de emitir una declaración sobre un asunto grave, averiguen en tiempo oportuno el pensamiento de la Sede Apostólica". Esto le parece altamente negativo de Hans Kung, apologista de Suenens.

Ya no se trata de la relación recíproca del Papa y del Colegio, de Pedro y los Once. Ahora se quiere expulsar a Pedro, no ya de los Once, sino de la reunión de dos o tres, en materias graves e importantes. Y así, habiéndolo reducido a obispo de Roma, Hans Kung completa que el servicio de Pedro no puede ser más que una "primacía pastoral", un servicio pastoral para la Iglesia Universal. ¿Y qué es ese servicio "pastoral universal", entonces sin su nota esencial de "jurisdicción universal"? ¿y qué es esa mitología del servicio que lo separa del poder? Un servicio sin poder es nada. Existir es poder, determinadas cualidades y valores y formas del poder. Un servicio impotente no sirve a nadie. ¿Se quiere reducir entonces a que Pedro sea "universal" por su exclusiva particularidad romana? Suenens y Küng caminan hacia la "privatización" de cada episcopado, o de cada obispo, en su horizontalidad desorbitada. Los particulares privatizados expulsan a Pedro, lo desvanecen en un simbolismo vacío, lo crucifican nuevamente al ponerlo "cabeza abajo" ante cualquier particularidad.

Nosotros pensamos que todo esto es desmembrar a la Iglesia Universal, disgregarla en sus particularidades, al romperse la reciprocidad mutua y permanente entre el centro y los horizontales. Hay que mantener a toda costa la doble actividad, que será más compleja, más difícil, más tensa, que la pura pasividad de otra parte. Aquí al integrismo, lo ponen otra vez "cabeza abajo", sin su auténtica superación católica. Todos los episcopados siempre con Pedro, nunca sin Pedro. Y para esto es indispensable que el centro sea radicalmente internacionalizado, que sea prácticamente más cosmopolita que nunca, para que refleje realmente al "conjunto", y la presencia de Pedro sea siempre la presencia del "conjunto". Para cumplir mejor su rol universal de "mediación de todos" en "cada uno". De ahí la enorme importancia de internacionalizar a la Curia y de instalar de modo permanente al Sínodo. Ampliamente representativo. Debemos penetrar a lo nacional de universal, y a lo universal de las múltiples naciones. Sólo así tendrán todos una vida aproximadamente "católica". Y el sínodo, que debe

tener la representación de la mayor cantidad de iglesias locales, será más “multinacional” que “cosmopolita” (eso lo será más la curia, inevitablemente, por la mayor permanencia de sus miembros fuera de la “nación” respectiva). Por eso es también conveniente que el sínodo tenga a sus miembros un cierto tiempo en el “centro”, menor sí que el de los miembros de la curia, para que adquieran también prácticamente una cierta “óptica universal” y no sean meros representantes ocasionales de lo “nacional”. Como se ve, es una cuestión de bien guardar esa compenetración mutua de las horizontalidades con sus diversos modos de “centralidad”.

El enfoque de Suenens y de Küng conduce a todo lo contrario. A la ruptura de la unidad universal en sus unidades particulares. Vulneran la idea misma de gobierno en la Iglesia Católica, y lo trasmutan de más en más en “consejo”. El Consejo es la dominación del plural, de la multitud de los “solos”, que ya no son “miembros” visibles, prácticos, sino yuxtaposiciones con una unidad de más en más “mística”. Es Suenens quien termina en la “yuxtaposición” al rechazar que también las iglesias, locales o regionales, respectivamente, sean como “un agrupamiento de células relacionadas de modo directo con la cabeza”. Lo “directo” debe ser solo horizontal, no también “vertical”: “comunión de iglesias particulares, enlazadas con un centro de unión, la Iglesia de Roma y su jefe”. Una vez más: el Pastor Universal solo como jefe de la iglesia local de Roma, solo como obispo de Roma. Mayor disgregación imposible. ¿Dónde se ha visto una Cabeza que no comunique, directamente, por múltiples canales, con su Cuerpo? ¿Negamos su interacción recíproca? ¿Y qué otra cosa es un Cuerpo? Es la Cabeza lo que asegura la vida unitiva del Cuerpo. Tanto mejor, cuanto más mensajes recibe de los órganos diversos del cuerpo, y con mayor rapidez los “devuelva” reelaborados.

Así también se nos hace finalmente claro en qué sentido Suenens cree que su teología o eclesiología es “la única teología que permite el diálogo ecuménico”. Parece que el auténtico diálogo ecuménico sea entonces convertir a la Iglesia Católica en un segundo Consejo Ecuménico. ¿Eso es el diálogo? Parece que la “unidad” se logrará así desmembrando a la Iglesia Católica. Entonces, el escándalo de la falta de unidad cristiana, lo lograremos curar multiplicando la “división”, destruyendo a la Iglesia Católica, “auto-disolviéndola”.

Ahora no nos ocupamos directamente del otro rostro esencial del tema relación pontificado-episcopados y que es el de obispos y su pueblo respectivo. No se trata sólo de relacionar al Pontífice con los episcopados, sino a los episcopados con su “base” y al Pontífice también. Esta cuestión preocupa al excelente y compartible informe sobre el Sínodo, que hicieran un grupo de obispos y expertos del Celam, reunidos en Bogotá del 27 al 31 de mayo del corriente año. Encontramos allí un planteo de conjunto infinitamente más realista y exacto que el de Kung y Suenens. Y respecto a la idea de mirar al Episcopado no solo con Pedro, sino con la “base”, nos parece vital. Suenens también aborda este problema, aunque del modo más “inconcreto”. Nos basta aquí formular a rasgos generales nuestro pensamiento: no creemos útil que sean los episcopados ni los nuncios los que propongan el nombramiento de los nuevos obispos. Pensamos más que aquí es indispensable la participación del clero de toda la diócesis: deben ser ellos los que eleven directamente al Pontífice una lista de candidatos, pongamos cinco. De tal modo se evitará la formación de oligarquías episcopales por cooptación, y el nuncio así como el Pontífice, tendrán restringida su elección a lo que nace de los sacerdotes que están sumergidos directamente en la pastoral concreta, juntos inmediatamente al laicado. De tal modo no sólo es indispensable una relación obispo-sacerdotes, sino también Pastor Universal-sacerdotes. Esto

sería un modo excelente. En cuanto a la participación de los “laicos activos” exige nueva e intensa meditación, pues es muy difícil de organizar. Nos llevaría al “carnet de afiliación”, para evitar infiltraciones de los poderes políticos dentro de la organización de la Iglesia. En fin, dejemos esto ahora de lado, pues es muy complejo, y no es el tema directo del próximo Sínodo. Solo nos parece útil señalar que el Sínodo extraordinario debería fijar su segunda reunión, sobre esta cuestión, complementaria de la que ahora va a considerar. Y que la resolución definitiva, debe tener en vista no solo a los episcopados, sino también a los sacerdotes y laicos.

Pero terminemos nuestro examen de la lógica del planteo de Suenens, ya no al nivel “intra-ecclesial”, sino “extra-ecclesial”, pero que también está “dentro”. Tenemos que mostrar ahora lo que el método solipsista de Suenens oculta, tenemos que desmitificar totalmente el planteo de las “particularidades idílicas” de Suenens. Para ello tendremos que cumplir el movimiento inverso, mostrar la política que alberga su teología, que no sólo es errónea teológicamente. Aquí nos servirá de tránsito la atinada observación de Johann Baptist Metz: “la llamada teología política podría y debería, por ejemplo, hacer caer en la cuenta que la nueva relación de la Iglesia con el mundo buscada en el Concilio Vaticano II se desarrolla –no sin cierta crítica- conforme al modelo de un liberalismo e individualismo tardíos, ambos social e históricamente muy cuestionables en el momento que la Iglesia los considera”⁷.

Suenens y Küng representan admirablemente esa corriente “liberal”, tardía, y por eso nos interesa mostrar ahora cómo su teoría de la presunta “horizontalidad igualitaria”, lleva a la dominación nord-atlántica sobre las Iglesias del Tercer Mundo. Para esto, en efecto, los poderes de la dominación necesitan destruir la “centralidad” en Pedro. Nos explicaremos.

IV. La dominación de los opulentos.

En el punto de partida de nuestro análisis nos referimos al método vicioso de Suenens, puramente encerrado en el “ghetto” eclesial. También anotamos su idílica versión del conjunto de las “Iglesias locales”, desconcretizadas. Hicimos hincapié en la dialéctica de teología y política, que no son una identidad, pero que se penetran mutuamente. Y si Suenens mira sólo lo teológico de la política (eclesial), es bueno mirar ahora un aspecto político concreto, implícito en su “teología eclesial”, y más todavía cuando no mira la política. Un modo de hacer política es ignorarla. Así, el “fuera” que había expulsado, adquirirá toda su fuerza “dentro” del mismo planteo de Suenens y nos mostrará consecuencias seguramente no evaluadas siquiera por su autor. Entonces se podrá medir la “entidad” de la “omisión” del planteo de Suenens, y la desmitificación que arroja sobre su lógica pura de la “particularización horizontal”. Debemos tomar en serio el viejo adagio escolástico “la gracia supone a la naturaleza”, penetrando en la idea de naturaleza en su sentido más profundo, que es movimiento, historia, política. Y así, veremos cómo el planteo de Suenens, por su omisión, no corre hacia una “democratización” de la Iglesia, sino hacia nuevos dominadores, hoy muy concretos, y localizados en el área de donde provienen Suenens y Küng, el mundo nord-atlántico, “centro” económico-político-cultural del Tercer Mundo. ¡Hay otro “centro” y otra “periferia”, muy distinta a la que ahora nos preocupa, pero que tiene inevitablemente hondas conexiones con toda nuestra realidad! No podemos

⁷ Hans Kung: “Portait d’un Pape”, artículo apologético de las posiciones de Suenens.

ignorar ese otro "centro y periferia" cuando hablamos de "reorganizar" el nuestro. Si no, ¿en qué mundo estamos?

12. Los Estados, localización de las Iglesias.

Y bien ¿qué es eso de las Iglesias locales? ¿cómo se configuran realmente? ¿cuál su base histórica? Es decir ¿Cómo se "localizan" las iglesias locales, no seráficas? ¿cómo caracterizar su "horizontalidad" primaria? La contestación es muy sencilla e inmediata: se localizan dentro de los países reales, dentro de los ámbitos jurídicos, territoriales, poblacionales, económicos y sociales de los estados. La localización concreta de cada iglesia es su Estado respectivo, tomado en su más amplia acepción. De tal modo, interrogarnos sobre las iglesias locales es también interrogarnos sobre las peculiaridades de los Estados en que se insertan y donde viven, y que las determinan en altísimo grado. Tan alto, que su ámbito real está acotado por el Estado, que es la realidad política más importante de nuestra historia. Claro, en la intimidad estatal, a su vez, estas iglesias locales participan en el desgarramiento de la sociedad misma, en las contradicciones y acuerdos de sus clases sociales, grupos funcionales, etc., que configuran la estructura y dinámica de cada sociabilidad. Pero esta última parte no entra directamente en nuestro tema de ahora.

Suenens elude esta primaria localización estatal en sus evanescentes "localizaciones" eclesiales. Así, escribe a espaldas de toda la lógica dramática de la Encarnación: "En esta perspectiva evangélica e histórica a la vez, la mirada se dirige primero hacia las iglesias locales, hacia las iglesias de Dios en París, en Londres, en Nueva York, etc., y a partir de ahí se percibe toda la estructura de la Iglesia como comunión de Iglesias particulares, enlazadas con un centro de unión, la iglesia de Roma y su jefe. Notará usted que hablo "de" la Iglesia de Dios que está en París, o en Londres. Me cuido de "hablar las" iglesias de París o Londres. El matiz tiene su importancia. San Pablo no hablaba de las iglesias de Corinto o de Éfeso, sino de la Iglesia de Dios que está en Corinto, en Éfeso. Esta manera de expresarse excluye de antemano toda idea de partición o mosaico. La unidad ya está en el corazón mismo de la diversidad, no es el fruto de una aglomeración ulterior. Esto excluye, desde el principio, todo germen de Iglesia nacional que negaría la esencia misma de la Iglesia". Obsérvese cómo una "manera de expresarse" le resuelve el problema, antes siquiera de plantearlo, pues Suenens borra toda la historia, donde podría observar que esos "modos de expresarse" no evitaron la formación real de numerosas "iglesias nacionales". ¿Protestantes y ortodoxos también, han estado exentos? Este nominalismo no responde a nada. Repárese también cómo sus ejemplos son Nueva York, París y Londres, y no menciona a ninguno de los del Tercer Mundo (y si el Papa solo es vitalmente el Jefe de la diócesis de Roma, y no el Pastor de jurisdicción universal, en la reciprocidad incesante y práctica con las iglesias del Tercer Mundo, con las que pueda compensar "realmente", activamente, a las del mundo nord-atlántico, entonces convertimos al Obispo de Roma en otro sumergido en el "mundo rico" al modo de Suenens). ¡Ay los peligros de la "particularidad"! Cada cual ejemplifica con lo que naturalmente tiene a la vista, y hasta puede haber "lapsus" freudianos. Suenens no nos tiene a la vista. Quizá hace algunos años nos hubiera recordado a través de Leopoldville.

Aquí es bueno recordar otra vez las preciosas puntualizaciones de Houtart y Hambye. Estamos ante el exorcismo del "conflicto" y en la armonía pre-establecida ya vigente. Pero esto no es totalmente extraño. Los que padecen la tentación de la "armonía" son por lo general los de

cualquier "mundo rico". Patrimonio de los pobres es más la contradicción, la fuerza del mal, su devastación. Suenens insiste en que la Iglesia "es una familia o no es nada". Estamos de acuerdo. Pero omite que es también una familia dramáticamente dividida en la historia, día a día, y que esa es su Cruz, pues el pecado alberga en todos nosotros y se objetiva en las estructuras sociales, en su práctica implacable, en su dinámica de bondad corrupta. De esto, toda la visión de Suenens no mantiene ni los rastros, sino únicamente aquellos que le sirven para liquidar a la "teología romana". Exilamos el mal y el error en los "otros".

Pues bien, ¿adónde conduce objetivamente esa lógica de la horizontalidad pura? ¿a un igualitarismo? Sí, a un igualitarismo "formal", al modo de las proclamaciones de la burguesía. ¿Qué oculta esa "formalización" de la igualdad de las iglesias particulares? ¿a qué nos lleva? Pues inevitablemente: a la primacía de las iglesias locales ricas, grandes, poderosas. A las iglesias de los Estados poderosos, de los que aquellas están, quieran o no, impregnadas hasta los tuétanos. Suenens, más allá de sus propias intenciones, desplaza la "centralidad universal" de Pedro, por la primacía de las particularidades más fuertes. Pues, le guste o no, la "centralidad" es inevitable, es consecuencia lógica de la horizontalidad y de las diferencias dentro de la horizontalidad. En la UN por ejemplo, donde la soberanía aparente radica en las particularidades horizontales, en el "Consejo" de Seguridad domina el veto de los Grandes. Y lo jurídico solo objetiva lo real. Y cuando los países africanos, a inicios de la década del 60, desequilibraron en predominio norteamericano en la Asamblea (en la que contaba con el servicio de los veinte países latinoamericanos), el canciller Dean Rusk hizo sondeos para establecer nuevas "formas" de votación, como la de tomar de base la "renta per cápita" de cada país. Así se objetivaría una "democracia censitaria" mejor, según su pensamiento, pues reflejaba "mejor" la realidad de la historia actual. Y de tal modo, pretendía liquidar a los nuevos "bárbaros" (a su vez influidos por otras potencias, pero que juntos eran demasiado fuertes). Curiosamente, en el artículo ya citado, Hans Küng se espanta de que los "progresistas" europeos estén ahogados por el hecho de "una mayoría aplastante de presidentes de las conferencias de los países afro-asiáticos, que son, verosímilmente, muy conservadores". Es el ambiguo despotismo ilustrado de los ricos.

Así son las cosas: demócrata con los que piensan como uno mismo, "déspota ilustrado" con esos bárbaros del Tercer Mundo que pululan por Roma. Pues, es probable, verosímil, que parte de los obispos del Tercer Mundo sean "teológicamente conservadores" y aun muchos "socialmente". Pero dudamos de que muchos fáciles progresistas europeos sean "sociales" y atentos al drama mayoritario de la humanidad que es del Tercer Mundo, sino en efusiones literarias. ¿Molesta la presencia del Tercer Mundo en la "centralidad"? Aquí, como siempre, la historia es paradójal: a veces hay "pobres conservadores" más progresistas que cierto "progresismo" diletante del mundo rico. Más cuando éstos son de las "localizaciones dominantes" del mundo actual. ¿Por qué Küng y Suenens no se aplican a sí mismos, críticamente, una sociología del conocimiento? ¿por qué no lo hace consigo mismo un vasto sector del autotitulado "progresismo" europeo?

¿No llama la atención que se juzgue secundaria la "internacionalización" de la Curia y prefieran los contactos "bilaterales"? Y las particularidades sueltas, libradas a su soledad, ¿cómo harán los contactos bilaterales con las particularidades grandes? Su única fuerza es la unificación de los débiles, la presencia masiva, "sindical", del Tercer Mundo en el Sínodo y en la Curia. ¿O creen los nuevos déspotas ilustrados tan espirituales que ellos interpretan mejor desde su

particularidad las necesidades de la Iglesia Universal, mejor que con la presencia masiva de los obispos del Tercer Mundo en el centro universalizador, totalizador y regulador? Ninguno de nosotros ignora los "términos del intercambio" ¿nos lo quieren aplicar dentro de la Iglesia por tener ellos también mayor "renta per cápita espiritual"?

Pero ahondemos más. ¿Cómo muestra Suenens su actitud social? ¿su visión de la realidad económico-social? Pues muy claramente. En su tranquilidad espontánea, sin doblez, cuando aconseja indiscriminadamente -para la modernización de la Curia- apelar a la colaboración de "los jefes de grandes empresas y de management, los sociólogos, los especialistas en comunicaciones, en relaciones públicas, en prospectiva". Este modo de plantear los asesoramientos nos muestra hasta qué punto refleja la mentalidad "neoliberalista" de su entorno, sin conflicto. ¡Claro, los problemas los tenemos nosotros! La proposición de Suenens denota la "armonía" de su propia sociedad belga, de la sociedad europea opulenta, que no padece de hondos desgarramientos internos. Todo lo contrario de los cristianos de América Latina, a quienes las contradicciones terribles de su mundo social vital, lleva a una actitud conflictiva y crítica ante ese mismo entorno. Por eso, lo que Suenens no ve en sí mismo, lo vemos nosotros. El mundo rico no se ve realmente a sí mismo, sino en la medida que lo reflejan sus dominados. La versión del mundo rico sobre sí mismo tiende a ser "arrogante", sin el fango incómodo de la contradicción y de su posición en ella. Y como la Iglesia es en el mundo y el mundo en la Iglesia, los conflictos del mundo son también los conflictos de la Iglesia. ¿Cómo omitirlos? ¿cómo olvidar el profundo apotegma de Pascal: qui fait l'ange, fait la bête? ¿los peligros de la Alianza del Trono y el Altar han terminado? De ninguna manera, y no terminarán jamás. Sólo que no debemos ser "literalistas" y hay que saber ver los cambios de forma del Trono. Y ese Trono ¿no es el de los asesores predilectos de Suenens, a quienes nombra en primer término: "los jefes de grandes empresas y de management"? ¿desembocará la "teología oriental" y el ecumenismo en un nuevo "perfume espiritual" del neoliberalismo nord-atlántico? Tan inmerso está Suenens en su particularidad belga, capital del Mercado Común y de la NATO, que no ve aquí ningún problema. Y los "public relations", generados por la necesidad de expansión capitalista en la sociedad de consumo ¿tendrán mucho que enseñarnos para la predicación de la Buena Nueva?

¿Y este subsuelo político social de Suenens y de Küng nada tiene nada que ver con la apología de la horizontalidad pura? ¿piensan que es un "engaño" la internacionalización de la Curia, sino en tanto condicionada a los intercambios pastorales "entre" iglesias locales? ¿quieren dejar frente a frente las igualitarias iglesias locales de Honduras y Estados Unidos? Los ejemplos podrían multiplicarse. Quien da la ayuda directamente, termina determinando al "otro", salvo que éste sea auxiliado, por dentro, por fuerzas reales que la contrarresten. Objetivamente, en la medida que las iglesias locales están en los países, y que obviamente participan de su mentalidad común, de intereses, etc., y los países están divididos en un "centro metropolitano" y una "periferia dependiente" ¿qué garantiza que gran cantidad de iglesias locales libradas a sí mismas no sigan tautológicamente los caminos de su propio país? Es probable, y esto lo agravamos incurablemente, si previamente hemos evaporado de su intimidad toda la presencia de la "centralidad universal", operante en el seno de cada iglesia local. Sólo el peso del "conjunto de la Iglesia" -eso es la centralidad- puede compensar, controlar, rectificar, la fuerza de una "particularidad grande" auxiliando a la "chica". Y aquí insistimos en nuestra perspectiva: sólo un "centro universalizador", auténticamente mundial, puede salvar a las "cabecitas" locales, de las

“cabezotas locales”. Y eso es lo que instintivamente perciben los obispos del Tercer Mundo, por lo menos gran parte. Objetivamente, con la lógica desorbitada de la particularidad pura, aniquilamos a Pedro y ponemos en el trono a Mamon.

No nos extraña tampoco que el caballito de batalla contra Roma, de Hans Küng, sea la “*Humanae Vitae*”. También es el caballito de batalla de Mc. Namara, Galo Plaza y tantos otros, contra el Tercer Mundo. Sobre esto nos hemos referido en extenso en nuestro artículo de Víspera 7, y no tenemos por qué reiterarnos. ¿No se regocija Küng del eco en la prensa mundial y en las agencias noticiosas de las declaraciones de Suenens? ¿quiénes son éstos? ¿quiénes controlan los medios de comunicación sino agencias de cuatro o cinco países? Y aquí podemos acotar, lateralmente: ¿cómo pretender “des-informar” al “centro” amputándole sus “mensajeros”? Si los mensajeros son malos, pues mejorémoslos. Si un país tiene malos embajadores los cambia, pero no elimina su Ministerio de Relaciones Exteriores. Lo contrario, ¿no sería dejar las “noticias” en manos de otros? La Iglesia Católica, su Cuerpo, necesita su propio sistema informativo, lo más perfecto y amplio posible. ¿No son la misma prensa y agencias noticiosas las que aturdieron con la campaña contra la *Humanae Vitae*, ocultando su impacto sobre el “imperialismo malthusiano”, que Küng, inmerso en su particularidad suizo-europea ni siquiera se ha planteado frontalmente, de modo que pudiera responder con los adecuados elementos de juicio al problema global, que era simultánea e indisolublemente doméstico-político?

Y hoy, cuando la Iglesia se abre de más en más a la tragedia del Tercer Mundo, cuando en su seno “central” el Tercer Mundo por su propio peso adquirirá la máxima representación, entonces se desata esta campaña de los opulentos para fragmentar a la Iglesia horizontalmente. Así, los de mayor renta per cápita se entenderán directamente con los de mínimo nivel, sin la mirada efectiva del “conjunto objetivado” con la Santa Sede.

Conclusión.

Queremos insistir a nuestros hermanos del Tercer Mundo y de América Latina, que no debemos sucumbir ante esa demagogia orquestada sobre la “des-orbitación” de las particularidades. Las críticas verdaderas a los defectos e inercias del “centro”, no nos deben confundir, induciéndonos a suponer que cualquier respuesta a esos vicios del centro es de suyo la más justa tanto teológica como históricamente. La justa reivindicación de la particularidad, sobre la que se basa Suenens, le conduce sin embargo a las peores soluciones, seguramente de buena fe. Pero ésta tampoco es suficiente para dar razón.

A todos nos gusta la “particularización”. Es un amor originario. Pero no nos encerremos aldeanos dentro de esa particularización nuestra: miremos también lo que significa para otras particularizaciones, para sus relaciones recíprocas. Hagamos un esfuerzo de “generalidad” a la vez que de “catolicidad”. Miremos ese otro “periferia y centro mundanos”, que no debe coincidir jamás con la verticalidad y horizontalidad de la Iglesia. No dejemos que actúe por su propio peso y por su propia lógica. Por el contrario, todo nuestro esfuerzo debe concentrarse en dos puntos: la mayor participación del Tercer Mundo en la Curia y en el Sínodo, y a la vez impulsar la elección de los obispos por los sacerdotes, haciendo que ellos eleven directamente las propuestas al Pastor Universal. De tal modo, la compleja relación horizontal-vertical tendrá la más ancha base y la mayor potencialidad. Será un solo conjunto real, recíproco en su actividad, a sus diversos niveles, entre Pedro y los Obispos, los Sacerdotes, y los Laicos, en la tensa dialéctica del Pueblo

de Dios. Y esto no nos ahorrará por cierto los conflictos, que son simultáneamente del mundo y de la Iglesia, pero nos permitirá sacar de las contradicciones la fuerza para soportarlas, asumirlas y superarlas. En la Iglesia de Cristo, bajo la sombra luminosa de la Cruz.

En resumen. La lógica “des-orbitada” de la particularización (que de suyo es un bien, en tanto no se erija en absoluto) tal como la plantea Suenens, conduce objetivamente a la quiebra de la Iglesia Católica, y también por su soterrada dimensión política (la política de su teología), empuja a la dominación de hecho de las iglesias locales ricas sobre las pobres, en la lógica de la realidad histórica actual; su víctima obvia serán las iglesias del Tercer Mundo. Las “bilateralidades” sumadas dejan menor libertad, que cuando las encauza la intervención de la “multilateralidad concentrada”. Qué la internacionalización de la Curia y el Sínodo permita centrar en Roma la regulación del “contrato colectivo” y no deje lugar a la “libre contratación individual”. Debemos continuar meditando esto con toda su profundidad, urgencia e importancia, para afrontar con claridad los ingentes problemas de la organización de la Iglesia Católica, en un mundo escindido, que tiene consecuencias en todos los niveles, desde los teológicos, eclesiales, hasta los políticos.

Hemos hecho la “contestación de la contestación” de Suenens, porque es asunto que lo trasciende y que concierne no a personas sino a toda la Iglesia. Si la óptica de Suenens es nordatlántica, la nuestra es latinoamericana, aunque también quiere ser ante todo cristiana, católica. Y también porque pensamos con Suenens: “se debe dialogar libremente para disipar las incomprensiones y airear la atmósfera”.